



Universidad Abierta Interamericana
Facultad de Psicología y Relaciones Humanas

Trabajo final correspondiente a la carrera de
Especialización en Clínica Psicoanalítica

“Entre dos aguas”

Título a obtener:
Especialista en Clínica Psicoanalítica

Tutor: Lic. Lara Lizenberg
Alumna: Stella Maris Pellegrini

Fecha: Agosto de 2016

Resumen:

El presente trabajo utilizará como material clínico la novela de Amélie Nothomb, "*Metafísica de los tubos*". Va a estar basado en la narración aparentemente autobiográfica de los tres primeros años de vida de la autora en Japón. Dicho relato se tomará cual si fuera el relato de una paciente en análisis. Se empleará la escena donde comenta un teórico intento de suicidio en un estanque a los tres años. La misma se usará como eje para trabajar elementos de la trama del sujeto donde lo simbólico y lo imaginario se ven alterados o no funcionan de manera esperable.

Palabras clave: constitución subjetiva, yo-no yo, yo-otro, yo-Otro, desestructuración del yo.

1. Introducción:

El tema a abordar tendrá que ver con el relato que la autora produce en relación a un supuesto intento de suicidio a los tres años en referencia a su caída al estanque, circunstancia en la que habitualmente daba de comer a tres peces carpa.

a) Planteo del tema: desarrollo y explicitación.

Ejes a recorrer:

Primera etapa:

- La realidad psíquica, que implica el desarrollo de las diferencias yo – otro y yo – Otro
- La constitución del cuerpo: cuerpo del autoerotismo y el narcisismo.

Segunda etapa:

- La desestructuración del yo y sus consecuencias.

Tercera etapa:

- Conclusiones.

2. Justificación de la relevancia del tema, proyecto o actividad elegida.

a) Planteo del problema

La escena de la caída al estanque, que será el eje de este trabajo, presenta dificultades teóricas particulares. Estas se refieren a las imprecisiones escuchadas en el relato de la autora, en relación, a la vida y la muerte, la fantasía y la realidad subjetiva, y las diferencias yo - otro y yo - Otro. En su relato sobre esa caída, la realidad psíquica del discurso que Amelié venía desarrollando se interrumpe, dando lugar a imprecisiones que cuestionan el funcionamiento de la historia del sujeto como trama subjetiva de sostén.

b) Interrogante del problema.

La pregunta a desarrollar tiene que ver con la causa de las imprecisiones que el relato de este sujeto presenta en la escena de la caída del estanque. Donde la autora narra un supuesto intento de suicidio dentro del cual hay un punto radicalmente distinto en la cadena asociativa de su discurso,

momento en el que manifiesta que alguien intentará “repescarla”, instante donde deja de ser ella para ser “carpa”, pasando luego a describir la situación en la que es rescatada como aquella en la que “vuelve a penetrar aire en sus pulmones que había creído branquias”.

3. Breve explicación de la metodología que se empleará

Para los fines de esta investigación es necesaria una explicación que dé cuenta de la metodología en que se basa el abordaje de los textos y el material empleado.

En "*Dos artículos de enciclopedia*" Freud describe su método como:

Un arte de la interpretación, [...] a saber, que los síntomas neuróticos son un sustituto, pleno de sentido, de otros actos anímicos que han sido interrumpidos. Importaba ahora concebir el material brindado por las ocurrencias de los pacientes como si apuntase a un sentido oculto, a fin de colegir a partir de él este sentido. La experiencia mostró pronto que la conducta más adecuada para el médico que debía realizar el análisis era que él mismo se entregase, con una atención parejamente flotante, a su propia actividad mental inconsciente, [...] así capturaría lo inconsciente del paciente con su propio inconsciente. Entonces pudo notarse, cuando las circunstancias no eran demasiado desfavorables, que las ocurrencias del paciente eran en cierta medida como unas alusiones arrojadas al tanteo hacía un determinado tema, y sólo hizo falta atreverse a dar otro paso para colegir eso que le era oculto y poder comunicárselo, [...] este trabajo de interpretación no podía encuadrarse en reglas rigurosas y dejaba un amplio campo al tacto y a la destreza del médico; no obstante, cuando se conjugaban neutralidad y ejercitación se obtenían resultados confiables, vale decir, que se confirmaban por su repetición en casos similares (1923 [1922]), p. 235)ⁱ

Cosentino explica que [...] “para Freud el psicoanálisis mismo es un método de investigación, donde más allá del procedimiento empleado para abordar determinados padecimientos, en el mismo se jugaba algo a modo de una producción “(2001, p. 13-14)ⁱⁱ

Dice Freud que el psicoanálisis “no es hijo de la especulación sino el resultado de la experiencia” (1913[1911], p.211)ⁱⁱⁱ.

Allí Freud expresa que la investigación se apoyará en la escucha, las intervenciones y la lectura del psicoanalista, las que no serán del orden del sentido común, descartando la posibilidad de la suma de la heterogeneidad del caso por caso que lleve a la probabilidad de reproducir un mismo fenómeno. La clínica a los fines de una investigación debe leerse como un texto, tratando de leer en él más que observar o contabilizar determinadas experiencias. Para lo cual será necesario organizar el discurso buscando la lógica, en la construcción de un recorrido, que permita alguna producción.

A ello apunta este trabajo, cuya finalidad será ejercitar la lógica y la clínica psicoanalítica para dar cuenta de las razones teóricas en las cuales se sustentan las imprecisiones que cuestionan el funcionamiento de la historia del sujeto como trama subjetiva de sostén.

Su desarrollo es coherente con el paradigma de tipo cualitativo, en la medida en que no se pretende cuantificar ni medir un fenómeno sino describir su estructura y la razón de su aparición.

Freud expresa que:

Sería un error creer que una ciencia consta íntegramente de doctrinas probadas con rigor, y sería injusto exigirlo. Una exigencia así sólo puede plantearla alguien ansioso de autoridad, alguien que necesite sustituir su catecismo religioso por otro, aunque sea científico. La ciencia tiene en su catecismo sólo muy pocos artículos apodícticos; el resto son aseveraciones que ella ha llevado hasta cierto grado de probabilidad. Es justamente signo de que se tiene un modo de pensar científico el darse por contento con esas aproximaciones a la certeza, y poder continuar el trabajo constructivo a pesar de la ausencia de confirmaciones últimas (1916 [1915]), p. 45^{iv}).

4. Planteo del tema: desarrollo y explicitación

- a) La constitución del cuerpo: cuerpo del autoerotismo y el narcisismo.
- b) La realidad psíquica, que implica el desarrollo de las diferencias yo – otro y yo – Otro..

En *La interpretación de los sueños* Freud afirma que:

Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales (1900, p.600)^v.

A su vez, expresa que:

[...] “cuando nos hallamos en presencia de los deseos inconcientes llevados a su expresión última y más verdadera, nos vemos obligados a decir que la realidad psíquica constituye una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad material” (Ibíd., p. 607).

En el mismo año, en el punto C de *La Interpretación de los Sueños*, Freud se pregunta acerca de la realización de deseo: “por qué durante el sueño, lo inconciente sólo puede ofrecer nada más que la fuerza necesaria para el cumplimiento de deseo” (1900, p.557)^{vi}.

Según Cosentino, en esta fuerza no sólo se apoya la causa del deseo, permitiendo su articulación y diferenciación, sino que además anticipa el lugar de la pulsión en el aparato psíquico (1999, p. 208)^{vii}.

Freud señala que [...]”la respuesta a esta pregunta está destinada a arrojar luz sobre la naturaleza psíquica del desear” (1900, p. 557)^{viii}.

En un principio la construcción de dicho aparato, se apoyaba en el esquema del arco reflejo, cuyo fin consistía en descargar los estímulos perceptivos que recibía del exterior a través del polo motor, al modo de estímulo - respuesta.

Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del

aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que le llegaba desde afuera (Ibíd.).

Con la lectura retroactiva del *Manuscrito K*, explica Cosentino que el principio de constancia, que tiende a la homeostasis, es “revisado y confrontado con la fuente independiente de desprendimiento de *displacer*: el retorno de lo reprimido y el fracaso de la defensa, marcando un más allá de este principio homeostático de la constancia” (2006, pág. 158)^{ix}. Es donde se logra ubicar esa fuente independiente de *displacer* que pone en movimiento a la defensa, amenazando por su exceso con quebrantar la homeostasis.

En una excitación exógena [...] la fuente excitadora está afuera [...] para ello basta cualquier reacción que aminore [...] la excitación [...]. Diversamente ocurre con la tensión endógena, cuya fuente se sitúa en el cuerpo propio (sed, pulsión sexual). Aquí sólo valen reacciones específicas [...] (sin fecha ¿1894?, p. 231).^x

Es el apremio de la vida con sus grandes necesidades corporales quien perturba esta simple función: “a él le debe el aparato también el *envión para su constitución ulterior*” (Freud, 1900, p.557)^{xi}. Este apremio de la vida hace referencia a la necesidad, el hambre, la sed, etc. Esas necesidades provienen desde el interior del aparato, no desde afuera. Por esta razón la huida de la descarga motriz, no es lo conveniente y es totalmente inadecuada al fin.

En *el Proyecto de psicología*, Freud lo había anticipado, haciendo referencia por primera vez a la experiencia de satisfacción explicada a través de una necesidad vital: la nutrición.

En la *Interpretación de los sueños*, Freud dice que el niño llorará o pateará inerte cuando tiene hambre, en lugar de buscar el objeto, en este caso el pecho materno. Esta puede interpretarse como una acción indirecta de buscar quien lo auxilie, pero en principio eso no calma el hambre.

Allí refiere como la indefensión del niño y la mediación de un otro a través de la comunicación, vía función secundaria, desplazan el acento de la satisfacción de la necesidad a la realización de deseo, en un intento que no logra “[...] restablecer la situación de la satisfacción primera” (Ibíd.).

Esta satisfacción inicial se ve complicada en el niño, debido al desamparo y la prematuración de su nacimiento.

El niño al nacer, desvalido e indefenso, se encuentra con un sujeto que acude a sus cuidados, dispuesto a hablarle e interpretar sus llamados, que no pueden ser otra cosa que el llanto o el pataleo.

Freud aclara que cuando el niño llora solo puede producirse un cambio, cuando, a través de la mediación del otro de su cuidado, se hace posible la vivencia de satisfacción.

Ya en el *Proyecto de psicología* Freud señala que un individuo experimentado advierte el estado del niño y opera el trabajo de la acción específica, cancelando el estímulo endógeno: [...] “provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual [...]” (1986, p. 262)^{xii}.

En el niño la vivencia de satisfacción se complejiza, razón por la cual, se hace necesaria la acción específica que introduce para su realización el auxilio de otro, cuya atención capta a través de un estímulo interno: el grito, el llanto, etc. Esta acción establecida entre el desamparo del niño y el otro de sus cuidados se transforma en fuente de comunicación y en fuente de “motivos morales” (Fred, *Ibíd.*).

Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno (*Ibíd.*, p. 263).

Dicha acción específica que es sostenida inicialmente en el arco reflejo, sobrepasa la descarga motriz refleja y gira adquiriendo por el desamparo del niño y la mediación del otro de sus cuidados, otra dimensión. Donde no hay arco reflejo porque el niño ya nace a un mundo del lenguaje, donde vía la comunicación será auxiliado por el otro de sus cuidados.

Aquí no hay coincidencia, por el contrario, se establece un corte entre naturaleza y cultura. Freud formula la diferencia de este aparato psíquico humano donde hay huellas mnémicas, que son representaciones, marcas de ser hablado por el otro,

donde el bebe llora y la madre o el que está a cargo de su cuidado interpreta: tiene hambre, frio, le duele la panza, etc., y acude en su auxilio.

En el *Proyecto*, Freud indica que en la vivencia de satisfacción se produce una “facilitación neuronal por simultaneidad” (Ibíd.). Por esta razón, a partir de la descarga sucedida gracias a la acción específica producida por el auxilio ajeno, una neurona era investida, produciendo o inscribiendo una huella mnémica, que quedaba como percepción de dicha disminución. De este modo explica cómo cada vez que se produce el estado de tensión interna en el aparato, habría una conexión entre las huellas mnémicas que ligaron la tensión displacentera a la huella mnémica del placer obtenido.

En referencia a las consecuencias que se producen a partir de esa vivencia Freud afirma que “se genera en el manto la investidura de una neurona (o de varias), que corresponde a la percepción de un objeto” (Ibíd.).

En *La interpretación de los sueños*, Freud utiliza esta construcción para explicar la diferencia entre el deseo en el hombre y la satisfacción de la necesidad en el animal. Por esta razón expresa que existiría un primer momento en el que el aparato psíquico funcionaria como un arco reflejo. Con un polo perceptivo: por ejemplo percepción de hambre, y un polo motor: comer determinado alimento.

Esto es imposible, ya que desde un comienzo en el niño no existe un momento en que el aparato funcione como un arco reflejo. No lo hay porque ya nace a los primeros cuidados de un otro que interpreta su grito como un llamado.

Por eso esto es mítico en Freud, porque no hay en el humano un aparato que funcione como en el animal funciona el arco reflejo. Esta vivencia de satisfacción es posible en tanto se piense que hubo un primer objeto presente; ese objeto pudo haber sido por ejemplo el pecho de la madre.

Pero la percepción de ese mítico objeto está perdida. Y en tanto tal, ya no responde más a la satisfacción de la necesidad. Es un objeto mítico, que nunca más encontraremos y por lo tanto, lo que nos queda de ese objeto es sólo una marca.

Cuando la necesidad sobreviene por segunda vez, cuando el apremio de la vida insiste, el niño tiene la posibilidad de alucinar el objeto perdido. La diferencia entre

la primera y la segunda vez, es que en la primera no hay antecedentes que den cuenta de cómo se satisface la necesidad; mientras que en la segunda hay una experiencia previa que es la de la vivencia primaria de satisfacción.

La alucinación del objeto finge, pero no logra restituir aquel primer objeto, y viene en ese punto a dar cuenta de la pérdida de la percepción; “entonces la memoria freudiana que introduce la experiencia alucinatoria de satisfacción, a partir de dicha huella, no es la memoria del organismo” (Cosentino, 2006, p. 162)^{xiii}

La indefensión del niño y la mediación del otro a través de la comunicación hacen posibles desde un comienzo la introducción de la subjetividad separando la *satisfacción de la necesidad* de la realización o cumplimiento de deseo. Esta diferencia marca una hiancia entre lo estrictamente biológico y lo estrictamente humano.

Es a partir de la vivencia de satisfacción que no hay más satisfacción en la necesidad, esta está perdida y lo que se inscribe a partir de esta pérdida es el deseo humano.

Cosentino explica que la satisfacción de la necesidad se corresponde con la acción específica. En cambio, la realización de deseo lleva a la identidad de percepción, y agrega, que esta novedad, que introduce Freud:

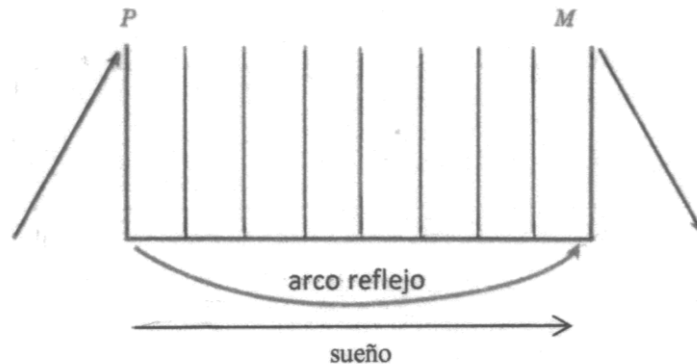
[...] aleja al sujeto de la vía de la satisfacción, llevándolo a un arranque ineficaz desde el punto de vista adaptativo, que va a estar marcado por la repetición. Volver a evocar esa percepción (la nutrición o el objeto oral en el ejemplo freudiano) es el fin propio de la realización de deseo se cumple, meta a la cual designa la identidad de percepción (Ibíd., p.160).

Dice Cosentino, sobre el concepto de Freud: “*la reaparición de la percepción –hay que agregar como alucinación- es el cumplimiento del deseo*” (Ibíd.).

Según este autor, el objeto a partir de aquí se constituye en objeto perdido, no respondiendo más a la satisfacción de la necesidad, sino que introduce como Freud lo indica, otra manera de satisfacción, cuyo correlato es el sujeto del inconciente.

Y agrega, que esta otra forma de satisfacción, que tiene como marco la identidad de percepción no sólo no concuerda con la convergencia entre el organismo y su medio ambiente, sino que la contraría.

En el esquema del punto B del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud invierte la dirección inicial de la excitación.



Inicialmente Freud explica que, en el arco reflejo, la dirección de la excitación va del polo perceptivo al polo motor. La invierte para explicar lo que sucede en el sueño. Mientras construye el aparato, la dirección es progrediente, al invertirla la va a llamar regrediente.

En el sentido progrediente se apoya en el arco reflejo, pero cuando invierte la dirección, vía regrediente, no es solo inversión, sino que trastorna la adaptación invistiendo la huella mnémica de la experiencia de satisfacción.

La huella con valor de señuelo, es un artificio, que consigue atraer para engañar, de modo tal que, desplaza la acción específica e instaura otra dimensión, que es la memoria o rememoración alucinatoria.

Volver a evocar esa percepción es la meta de la realización de deseo, “[...] la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo” (Freud, 1900, p. 558)^{xiv}.

En el nivel del inconciente, a ese objeto no hallable, perdido, no se lo puede diferenciar de ese *Wunsch* (anhelo) ficticio –que tiene estructura de ficción– que soporta un encuentro que falla por estructura, no por ningún desorden material o social (Cosentino, 1999, p. 163)^{xv}.

Esta experiencia de satisfacción que introduce la pérdida de objeto y la caída de la homeostasis, sitúa al aparato en esta ficción, con este “*hambre de signos*” que le

otorga a la realidad psíquica un marco de equilibrio diferente en relación a la homeostasis del organismo.

Es la realización alucinatoria de deseo quien guiada por el principio de placer pone fin a la homeostasis biológica e impone el placer de desear. Siendo ahora la meta de la realización del deseo volver a encontrar la huella que quedó grabada, apartando al sujeto del camino de la satisfacción:

[...] porque, anticipando el concepto de pulsión, la fuerza pulsionante —la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente— al dar, vía la realización de deseo con un “*objeto*” alucinatorio, ya que el objeto esta estructuralmente perdido [...] (Ibíd.).

Al aparato ahora solo le queda “*alucinar*”, va de la satisfacción de la “*experiencia mítica de satisfacción*” a otra satisfacción: “*la realización alucinatoria de deseo*”, que también pone en juego la *fuerza pulsionante* (Ibíd.).

Respecto de este punto de enlace entre el deseo y la pulsión, en el punto E de la *Interpretación de los sueños*, Freud nos dice que sólo el deseo puede poner en marcha el aparato, “*sin embargo, esto no es sin la fuerza pulsionante, antecedente de la pulsión*” (Ibíd., p. 166), y agrega Juan Carlos Cosentino en relación al sueño *de tres entradas de teatro por un florín y 50 kreuzer*, “de allí entonces, que de manera sorprendente Freud introduzca en dicho sueño el placer de ver, donde el trabajo del sueño liga pulsión con deseo” (Ibíd.).

En el mismo la analizante alcanza por añadidura una ganancia de placer, que a través de su relato, vía cadena asociativa, proviene de otra fuente ligada al deseo que es atemperada por el principio de placer: “una ganancia de placer no reconocida que se conecta en Tres ensayos de teoría sexual [...] con la disposición perversa polimorfa de la pulsión sexual” (Ibíd., p. 169).

Es en ese texto de 1905, donde Freud utiliza por primera vez el término pulsión.

En él toma como dato observable el estudio de las perversiones y la sexualidad infantil para justificar la existencia de un concepto que le permita comprenderlas y relacionarlas con las neurosis y otros fenómenos de la vida humana. Ambas

experiencias van a brindarle los medios para establecer las características y los modos operativos de las pulsiones.

En el primer apartado de *Tres ensayos* Freud hace referencia al objeto y a la meta. Allí describe lo que, en términos de la opinión popular de la época, constituían “aberraciones”, “desviaciones”, “trasgresiones” o una “inversión” de la “norma supuesta”. Dentro de lo que se consideraba normal en aquel momento, el acto sexual se circunscribía a los fines de la reproducción tanto humana como animal.

Cada una de las características supuestas a la sexualidad encontraría su aberración en los así llamados perversos: los cambios de “objeto” en relación al partenaire del otro sexo y los cambios de “meta” en relación a la unión genital.

Al comienzo de este ensayo refiere como en relación a la “inversión”, se puede tomar como objeto sexual a aquél que, supuestamente, no atrae irrefrenablemente, como diría la “*fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades —macho y hembra— que aspiran a reunirse de nuevo en el amor*” (Freud, 1905, p. 124)^{xvi}.

Luego en el transcurso del texto se observa como Freud apoyado en el estudio de la perversión deduce desviaciones respecto del objeto que le indican su inadecuación. El objeto no aparece como un objeto en norma y esto exige a Freud una indagación a fondo, que lo lleva a comentar:

“[...] concebíamos demasiado estrecho el enlace entre la pulsión sexual y el objeto sexual [...] debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre ambos. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente el objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de esta” (1905, p. 136)^{xvii}.

Aquí el objeto sexual pasa a segundo plano y es otra cosa lo esencial y constante en la pulsión. En una nota agregada en 1910, Freud hace referencia a la vida sexual de los antiguos: “ellos ponían el acento en la pulsión misma [...] y no en el objeto”. Luego agrega: “ellos celebraban la pulsión [...] mientras nosotros menospreciamos el quehacer pulsional mismo y lo disculpamos solo por las excelencias del objeto” (Ibíd.).

En cuanto a la contingencia del objeto afirma que es “*variable*”, puede ser “*cualquiera*”, esto es vía el autoerotismo de la fuente, la zona erógena, o desplazado a la fantasía. Dice Cosentino que Freud señala en Tres ensayos de teoría sexual que [...] “*lo que arroja más luz sobre la naturaleza de la pulsión sexual es el hecho de que admite una variación tan grande y semejante rebaja de su objeto*” (1999, p. 19)^{xviii}.

Freud en 1905, comenta que. “*la experiencia le enseña que entre los insanos no se observan perturbaciones de la pulsión sexual, diferentes a las halladas en las personas sanas*” (p.135)^{xix}. Los insanos, dice, refiriéndose a los perversos, presentan el desvío aumentado, “*elevado a la condición de práctica exclusiva y en reemplazo de la satisfacción sexual normal*” (ibíd.). Lo cual supone un apartamiento del fin reproductivo.

La conclusión que saca de las experiencias recogidas lleva a Freud a afirmar que:

“los casos considerados anormales nos enseñan que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto” y que “probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente del objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de esta” (Ibíd., p. 134).

Luego describe numerosas “*desviaciones*” y “*demoras*” en relación a la “*meta sexual normal*”, que en aquella época era considerada como la unión genital, “*coito*”, no obstante advierte que: “*en el acto sexual más normal se anuncian los esbozos de aquello que, si se desarrollara plenamente, lleva a las aberraciones que han sido consideradas como perversiones*” (Ibíd. p. 136), refiriéndose a las maneras intermedias de relacionarse con el objeto sexual, los actos previos, tales como, palpar, mirar, besar, etc. Estas se reconocen para Freud como metas sexuales preliminares cuya práctica conlleva un placer en sí mismo, independiente de la unión genital y del fin de la reproducción. Allí la pulsión es parcial respecto del fin totalizante de la reproducción biológica humana, aspecto que le permite, enlazar las perversiones a la vida sexual normal.

De los resultados de lo investigado acerca de *las “perversiones positivas y negativas”*, Freud refiere, que pudo reconocer una serie de pulsiones parciales que no son algo primario, ya que admiten una ulterior descomposición.

Es allí en 1905 cuando formula por primera vez una definición sobre la pulsión:

“Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que el representante psíquico de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, «pulsión» es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal” (1905, p. 153)^{xx}

A esta altura de su obra, Freud va a plantear diferentes hipótesis sobre el tema: una, que las pulsiones no tienen cualidad alguna, sino que han de considerarse una medida de trabajo anímico. Lo que distingue unas pulsiones de otras y les otorga propiedades específicas es su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas: *“la fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar el estímulo de órgano”* (Ibíd.). Otra, que los órganos del cuerpo brindan dos clases de excitaciones, una de las cuales va a designar como específicamente sexual y al órgano afectado: *“zona erógena de la pulsión parcial que arranca de él”* (Ibíd.).

Si bien existen zonas erógenas predestinadas (boca, ano, genitales), cualquier otro sector de la piel o de mucosa puede prestar los servicios de zona erógena.

Finalmente, guiado por sus observaciones Freud refiere dos aspectos respecto al tema: uno de ellos; que estas prácticas sexuales aberrantes descriptas son las mismas que encuentra en sujetos no perversos, cuya vida sexual puede ajustarse a los preceptos de la opinión popular. Y que como trasfondo a los síntomas neuróticos estos constituyen la expresión convertida de pulsiones denominadas perversas si se pudiesen exteriorizar directamente, *“sin difracción”* por parte de la conciencia en fantasías y acciones. Por lo tanto, afirmará que los síntomas se forman a expensas de una sexualidad anormal, razón por la cual dirá que *“la neurosis es el negativo de la perversión”* (Ibíd., p. 150). Otro aspecto, al que hace referencia es que muchas de estas *“transgresiones”* pueden observarse en los

niños como prácticas habituales, diciendo que: “*en el niño se encuentra el germen de todas las perversiones*” (Ibíd., p. 156).

Freud va definiendo la sexualidad infantil como concepto en el segundo ensayo. Allí deja por descartado que dicha sexualidad despierte en la pubertad y afirma: “la existencia de una pulsión sexual en la infancia que posee el carácter de una ley” (Ibíd., p. 157).

Entre las prácticas de la pulsión sexual infantil, Freud describe el chupeteo {Lustschen} como el paradigma de toda actividad sexual infantil. Lo define el como: mamar con “fruición”, contacto de succión con la boca que no tiene por fin la nutrición, donde el niño toma como objeto del mamar una parte de su propio cuerpo: los labios, la lengua, un lugar de la piel que esté al alcance son utilizados para ejecutar la acción junto a una pulsión de prensión de alguna parte de su cuerpo o el de otra persona, generalmente el lóbulo de la oreja, acción que lo cautiva llevándolo al adormecimiento. De esta práctica Freud deduce que el quehacer sexual se apuntala primero en las funciones que sirven a la conservación de la vida y sólo más tarde se independizan de ella, con lo cual, la necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad biológica referida al alimento.

De ese acto tomado como paradigma, Freud deriva los caracteres decisivos de la sexualidad infantil: apuntalamiento de las necesidades biológicas, el autoerotismo y el placer de órgano a partir de las zonas erógenas. Es esta la perversidad polimorfa inherente a la estructura misma, a diferencia de la perversión como como entidad clínica.

Freud observa en el niño, que bajo la influencia de seducción, puede practicar y encontrar gusto en un montón de transgresiones, que si fueran realizadas por un adulto se considerarían perversas. La práctica de estas perversiones se debe a que hay escasas resistencias debido a que todavía no se han establecido los diques anímicos contra los excesos sexuales “*vergüenza, asco y moral*” (Ibíd., p. 157). Y además la considera polimorfa porque en el niño, no hay pulsión dominante.

En relación al autoerotismo, Freud dice, que el carácter más llamativo de esta práctica sexual reside en que la pulsión no está dirigida otra persona, sino que se satisface en el cuerpo propio y agrega que: “*la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer ya vivenciado y ahora recordado*” (1905, p. 164)^{xxi}.

La condición que origina la necesidad de repetir la satisfacción es la vivencia de ésta misma a partir de la experiencia de un sentimiento de tensión, en forma de displacer, y una sensación de estímulo o picazón condicionada centralmente y proyectada a la zona periférica.

A su vez, Freud designa la meta sexual infantil como aquella que intenta remplazar la sensación de estímulo que se proyecta sobre la zona erógena, por aquel estímulo externo que la cancela al procurar la satisfacción.

Para Freud, el estímulo externo consiste en una manipulación similar a la acción de mamar.

En 1914, en *Introducción del narcisismo* Freud se pregunta: ¿cuál es la relación entre autoerotismo y narcisismo?

Si bien en 1914 Freud introduce en su la teoría el concepto de narcisismo, éste se encuentra mencionado en textos anteriores. Así, en *Tres ensayos* hace referencia a: “*la elección narcisística de objeto*” (1905, p.130 n13)^{xxii}, para explicar la elección de objeto en los homosexuales. Luego en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia*, en el apartado III, acerca del mecanismo paranoico, en referencia al historial de Schreber (1911 [1910], p. 56)^{xxiii} y por último en *Tótem y tabú* (1913 [1912-13], p. 92-93)^{xxiv}, Freud establece una fase de amor intermedia entre el autoerotismo y el amor de objeto.

El término *narcisismo* proviene de la descripción clínica y fue escogido por Paul Näcke en 1899 para designar aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mimó, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena ((1914, p. 71)^{xxv}.

Freud se apoya en al comienzo de este estudio en la descripción clínica de los casos en que el individuo toma como objeto sexual a su propio cuerpo,

considerándolo como una perversión que ha acaparado toda la vida sexual del individuo. Sin embargo aclara que el psicoanálisis descubre aspectos de esta conducta narcisista en otras perturbaciones como por ejemplo, en la homosexualidad. Y también halla dificultades en el análisis de neuróticos con rasgos narcisistas. Esto lo lleva a pensar que se dan localizaciones narcisistas de la libido en toda evolución sexual normal. De este modo, el narcisismo se presenta ya no sólo como perversión, sino como complemento libidinoso de la pulsión de autoconservación. En este contexto en que Freud se está preguntando sobre la vinculación entre autoerotismo y narcisismo, Jung lanza una teoría en relación a la introversión de la libido.

A Freud le surge la necesidad de considerar un narcisismo primario normal que se diferencie del intento de incluir en la teoría de la libido la *dementia praecox* y la esquizofrenia.

Apoyado en la observación clínica Freud observa que si bien en la parafrenia los enfermos muestran como rasgos fundamentales de carácter “*su delirio de grandeza y su extrañamiento de interés respecto del mundo exterior (personas y cosas)*” (Ibíd., p. 72), lo cual los hace inmunes al tratamiento psicoanalítico; en los casos de histeria y neurosis obsesiva también hay una alteración en el vínculo con la realidad, pero este no incluye la cancelación erótica con las personas y las cosas, sino que estas son conservadas en las fantasías, sustituyendo “*los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos por un lado; y por el otro han renunciado a emprender las acciones motrices que le permitirían conseguir sus fines en esos objetos*” (Ibíd.). Freud se contrapone con la idea de Jung y afirma su concepción de que la libido es sexual, ya que el interés implica a la voluntad y por lo tanto pertenece al yo.

A esta altura Freud establece que el delirio de grandeza es la intensificación de un estado anterior que lo lleva a: [...] “*concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro primario oscurecido por múltiples influencias*” (Ibíd., p. 73).

Volviendo a la pregunta formulada, Freud da por respuesta a este interrogante que:

Es un supuesto necesario que no esté presente en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por lo tanto algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya (Ibíd., p. 74).

Acá se le presentan a Freud dos cuestiones: una es que

“es un supuesto necesario que no esté presente en el individuo una unidad comparable al yo. El yo tiene que desarrollarse”, la otra es una pregunta: “¿qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo, que hemos descripto como un estado temprano de la libido?” (Ibíd.).

En este contexto Freud se plantea una oposición entre la libido del yo y la libido de objeto

“la separación de la libido yoica y libido de objeto reside en que provienen de un procesamiento de los caracteres íntimos del suceder neurótico y psicótico. La separación de la libido en una que es propia del yo y una adosada a los objetos es la insoslayable prolongación de un primer supuesto que dividió pulsiones sexuales de pulsiones yoicas” (Ibíd., p. 75).

Volviendo a *Tres ensayos*, la teoría freudiana allí expone que la pulsión no es anobjetal, es decir, no tiene un objeto fijo, este objeto es intercambiable, con lo cual, puede ser cualquiera. Aquí la pulsión parte de una determinada zona erógena, es decir de una determinada zona del cuerpo capaz de generar placer. La satisfacción de dicha pulsión no es en el objeto, sino en el recorrido, bordeado el agujero: un hueco, un vacío a partir del cual Freud puede pensar un objeto contingente.

Dice Cosentino:

[...] se trata de esta presencia, [...] de este hueco para llevar a cabo su rodeo y puede ser ocupado por cualquier objeto” [...] este objeto-condición (un hueco que

requiere la pulsión parcial para llevar a cabo su rodeo) es sustituido por cualquier objeto (1999, p. 19).^{xxvi}

En el mismo texto, en *Las metamorfosis de la pubertad*, Freud anticipa que el narcisismo ha de ser incluido dentro de la teoría de la libido.

En una nota agregada en 1915, en este ensayo, se esboza la noción de libido yoica que en el narcisismo se constituye como un concepto fundamental.

La libido yoica, que es la que inviste al yo propio como objeto, sólo se vuelve accesible al estudio analítico “cuando ha encontrado empleo psíquico en la investidura de objetos sexuales, vale decir, cuando se ha convertido en libido de objeto” (Ibíd.). Cuando refiere que lo característico es verla concentrarse en objetos, se refiere a las representaciones psíquicas de los objetos, y no a los objetos del mundo externo, los cuales, guiando el quehacer sexual del individuo a partir de las diferentes posiciones respecto a los mismos, como, concentrarse en ellos, fijarse a ellos, tomarlos, abandonarlos o pasar de unos a otros, tiene por fin la satisfacción. Freud advierte una visión de esto dentro de la práctica del psicoanálisis, aportada por las denominadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva).

A la altura de *Introducción del narcisismo* Freud sostiene un nuevo dualismo pulsional: *libido del yo versus libido de objeto*.

Freud define la libido como energía psíquica sexual:

Las representaciones auxiliares que nos hemos formado con miras a dominar las exteriorizaciones psíquicas de la vida sexual se corresponden muy bien con las anteriores conjeturas acerca de la base química de la excitación sexual. Hemos establecido el concepto de la libido como una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podrían medir procesos y transposiciones en el ámbito de la excitación sexual (1905, p.198)^{xxvii}.

En 1910 en *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*, Freud observa como el yo se comporta como una unidad. Esto lo ubica por la doble atribución de órgano:

[...] son los mismos órganos y sistemas de órganos los que están al servicio tanto de las pulsiones sexuales como de las yoicas. El placer sexual no se

anuda meramente a la función de los genitales, la boca sirve para besar tanto como para la acción de comer y de la comunicación lingüística, y los ojos no solo perciben las alteraciones del mundo exterior importantes para la conservación de la vida, sino también las propiedades de los objetos por medio de los cuales estos son elevados a la condición de objetos de la elección amorosa: sus <<encantos>> (Freud, 1910, p. 213)^{xxviii}.

En 1914 Freud va a hablar de pulsiones yoicas versus pulsiones sexuales, estas indagaciones lo llevan a advertir el significado de las pulsiones para la vida representativa donde cada pulsión busca imponerse de acuerdo a las representaciones adecuadas para su meta, observando que las pulsiones no siempre son conciliables entre sí y a menudo entran en conflicto de intereses. :

De particularísimo valor para nuestro ensayo explicativo es la inequívoca oposición entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, la ganancia de placer sexual, y aquellas otras que tienen por meta la autoconservación del individuo, las pulsiones yoicas (Ibíd., p. 211).

En el mismo texto, Freud se pregunta por el destino de la libido sustraída a los objetos en la esquizofrenia. Y produce la siguiente afirmación: “el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto, es narcisismo secundario, que se edifica sobre la base de otro primario oscurecido por múltiples influencias” (1914, p. 73)^{xxix}. .

Para ilustrar la noción de reversibilidad se apoya en la zoología, más precisamente en el comportamiento de la ameba. Ésta emite prolongaciones llamadas pseudópodos que puede luego recoger en su cuerpo, para adoptar nuevamente la forma de glóbulo. Dicha analogía le permite observar que con el envío de la libido a los objetos, la masa principal puede permanecer en el interior del yo.

Esto le permite pensar en dos posiciones: “una originaria investidura libidinal que persiste y algo que va y vuelve, cedido a los objetos” (Ibíd.)

Con estas formulaciones y volviendo a lo que Freud afirma: “*es un supuesto necesario que no esté presente en el individuo una unidad comparable al yo*” dice Cosentino:

[...] (el yo aparece como una unidad: en Freud, unidad tiene que ver con el yo, unidad imaginaria es la unidad libidinal del yo) y como las pulsiones autoeróticas son iniciales y primordiales, un nuevo acto psíquico o una nueva acción psíquica tiene que añadirse al autoerotismo para que el narcisismo se constituya [...] en términos de Freud, esa síntesis de las pulsiones o la libido tiene que tomar como objeto al yo, pero como un objeto total, a diferencia de los objetos parciales de la pulsión [...] un nuevo acto psíquico, para que el narcisismo se constituya, viene a jugar esa instancia simbólica que es el ideal del yo (1999, p. 26)^{xxx}.

En la *Conferencia 21° “Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”*, dice Freud:

El desarrollo de la libido tiene dos metas: en primer lugar, abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único. Esto sólo puede lograrse, desde luego, cuando dicho objeto único es a su vez un cuerpo total, parecido al propio. Tampoco puede consumarse sin que cierto número de las mociones pulsionales autoeróticas se releguen por inutilizables (1917 [1916-17], p. 300)^{xxx}.

Cosentino explica que: [...] *“en este momento a Freud le hacía falta el objeto de amor, el objeto de la elección de objeto, como cuerpo total, para que el yo, como viéndose en un espejo, se constituya”* (1999, p. 27)^{xxxii}.

En *Introducción del narcisismo*, Freud se pregunta en el apartado III, acerca del destino de la libido yoica en el adulto normal. Allí lo explica a través de la represión que parte de la propia estimación del yo. [...] *“los mismos impulsos y mociones de deseo que un hombre tolera o procesa conscientemente”* [...] *“son desaprobados por otro con indignación total o ahogados ya antes de que devengan conscientes”*. Para luego afirmar que: *“la formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión. Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real”* (1914, p.90)^{xxxiii}.

En este apartado Freud introduce dos nociones: el *“yo ideal”* y el *“ideal del yo”*, donde comenta [...] *el hombre se muestra incapaz de renunciar a la satisfacción*

de que gozó una vez [...] no quiere privarse de la posición narcisista de su infancia”. De ese modo:

Sobre el yo ideal recae el amor a sí mismo del que en la infancia gozó el yo real [...] el narcisismo se desplaza a este nuevo yo ideal que como el infantil se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas, que [...] procura recobrarlas en forma del ideal del yo. Lo que proyecta frente a sí como su ideal, es el sustituto del narcisismo perdido en la infancia, en la que fue su propio ideal (Ibíd., p.91).

Freud plantea que existe en el desarrollo del yo, un distanciamiento respecto del narcisismo primario, producido por el desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde afuera. De este modo, la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento del deseo, afirmando que el sentimiento de sí, en la persona normal, está compuesto por *“una parte primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra que brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera de la satisfacción de la libido de objeto”* (Ibíd., p.97).

Dice Cosentino, que así como el narcisismo implica la serie autoerotismo, narcisismo, elección de objeto, hace falta a su vez para que se constituya el yo al cuál Freud se refiere en el apartado III de *Introducción al narcisismo*, *“un articulador –la instancia emblemática del ideal del yo- para que se constituya el objeto de la elección (equiparable al yo ideal) para que se constituya el yo que vale como objeto”*. En el mismo texto dirá que *“es necesario un doble movimiento, en un extremo se juega el autoerotismo: en la diferencia entre objeto parcial y objeto de amor, en otro el articulador simbólico –el ideal del yo- que pone en juego para que se constituya el yo, la identificación primaria”* (1999, p.29)^{xxxiv}.

En el apartado 5 de *Las metamorfosis de la pubertad*, Freud dice, que durante este proceso *“se afirma el primado de las zonas genitales”, garantizando la meta reproductiva, y al mismo tiempo “desde el lado psíquico, se consume el hallazgo de objeto preparado desde la más tierna infancia”* (1905, p. 202)^{xxxv}.

En referencia a dicho hallazgo de objeto, Freud dice:

Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho

materno. Lo perdió sólo más tarde, quizás justo en la época en la que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción (Ibíd.).

En 1963, Lacan explica en relación a la angustia que:

[...] el momento más decisivo de la angustia en cuestión, la angustia del destete, no es tanto que alguna vez el seno le falte a la necesidad del sujeto, sino más bien que el niño cede el seno del que pende como de una parte de sí [...] durante el amamantamiento el seno forma parte del individuo alimentado (pág. 338)^{xxxvi}.

Según explica Lacan este objeto \underline{a} puede ser reemplazado por cualquier otro que venga a ocupar su lugar. Donald Winnicott lo llama *objeto transicional*. Es un pedazo de algo muy cercano al niño, como ser un trocito de sábana, una mantita, el borde de su propia ropa, etc., que le sirve de un sostén que lo conforta. Lacan lo define como “*cesión del objeto*”, que no es otra cosa que la aparición [...] “*de objetos cesibles que pueden ser equivalentes a los objetos naturales*” (Ibíd.).

“*La función del objeto cesible como pedazo separable vehicula primitivamente algo de la identidad del cuerpo, antecediendo en el cuerpo mismo en lo que respecta a la constitución del sujeto*” (Ibíd., p. 339). Este objeto \underline{a} , que tal cómo lo describe Lacan, precede al sujeto y en esa posición lo suplanta, no tiene significante, y constituye, una parte de su propio cuerpo, que emerge después de su desaparición cómo no-yo.

Según Lacan, el objeto \underline{a} , escapa a nuestra aprehensión, está ubicado atrás del deseo, siendo a su vez, quien lo causa.

Lacan propone al objeto \underline{a} en un exterior interior:

Es la noción de un exterior antes de una cierta interiorización que se sitúa en a , antes que el sujeto, en el lugar del Otro, se capte bajo la forma especular, en x , la cual introduce para él la distinción entre el yo y el no yo (1963, p. 115)^{xxxvii}.

A continuación, para explicar de manera más clara su concepto, Lacan se apoya en la óptica y presenta el gráfico que puede observarse en la misma página, que

utiliza para explicar, ese exterior interior, pre-especular. Allí aclara que, a este exterior que sitúa en a, pertenece la noción de causa.



El yo y el no-yo

Antes del estadio del espejo, los objetos pulsionales, constituían el cuerpo en zonas erógenas que se satisfacían independientemente, momento del autoerotismo donde Lacan aclara que *a uno* no le falta el mundo exterior, que hablaría de una posición adentro-afuera que todavía no existe, sino más bien “*le falta el sí mismo*” (Lacan, 1963, p. 132)^{xxxviii}.

En la etapa del autoerotismo el niño no tiene la imagen completa de sí. Aquí se encuentra ante un cuerpo constituido sólo por zonas erógenas, agujeros corporales, excitables, que buscan satisfacerse de algún modo.

En *Escritos técnicos 1*, Lacan indica, que en este período, se está ante un cuerpo fragmentado, que precisa una *imagen ortopédica* que le de unidad. Dice Lacan, que el niño pequeño que aún no camina, no tiene dominio sobre su cuerpo, ni posee una imagen integrada de sí. Es decir, no relaciona sus diferentes partes como formando partes de un todo. Para conseguirlo deberá pasar por una fase especial del desarrollo psíquico que Lacan denomina “*estadio del espejo*”.

Yankelevich a través de una reseña investigativa va a describir la operación que Lacan realiza sobre el texto de Freud de 1914, que consiste en ligar el yo freudiano del narcisismo, a la función de la *Imago*, y a la identificación como transformadora del Yo” (1999, pág. 86)^{xxxix}

Lacan comenta que en el *Estadio del Espejo* rige un predominio imaginario, que explica, a través de los diferentes conceptos: *imago*, *Gestalt*, *imagen especular*:

Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a éste término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a

este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo *imago* (Lacan, 1949, p. 100)^{xi}.

En el siguiente párrafo Lacan expresa una explicación acerca del fenómeno de la *Gestalt* en la captación de la imagen en el niño, donde:

Hay una primera captación por la imagen en la que se dibuja el primer momento dialéctico de las identificaciones, Está ligado a un fenómeno de la *Gestalt*, la percepción muy precoz en el niño de la forma que ya se ve, fija su interés desde los primeros meses incluso para el rostro humano desde el décimo día (Lacan, 1948, pág. 117)^{xii}.

Lacan parte de la prematuración biológica del niño, ya que, un bebe en sus primeros tiempos se encuentra en una situación de desvalimiento mucho mayor que cualquier otra especie. La cría humana nace prematura, es decir en estado de indefensión, siendo extremadamente dependiente de un otro.

Para explicarlo, Lacan hace referencia a una *“insuficiencia orgánica de su realidad natural”*, ya que a los seis meses el niño carece todavía de coordinación motriz. Sin embargo, refiere que, su sistema visual está relativamente avanzado en madurez, pudiéndose reconocer en el espejo antes de haber alcanzado el control de sus movimientos corporales (1949, pág. 102)^{xiii}.

Lacan refiere que la *“fase del espejo”* se extiende desde los seis meses hasta los dieciocho meses de edad, revelando un dinamismo libidinal que es problemático para el sujeto y *“una estructura ontológica del mundo humano que se inserta en nuestras reflexiones sobre el conocimiento paranoico”* (Lacan, 1936, p. 87)^{xiiii}.

Afirma que el estadio del espejo demuestra que el yo es producto del desconocimiento, él mismo no sabe qué acontecimiento lo produce e indica el sitio donde el sujeto se aliena a la imagen:

[...] “es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se suceden desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante,

que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (Lacan, 1949, p. 103)^{xliv}

En *Acerca de la causalidad psíquica*, Lacan analiza el efecto de la imago en el ser humano, y allí plantea su relación con la alienación del sujeto. En ese texto expresa que:

En función de ese retraso de desarrollo adquiere la maduración precoz de la percepción visual su valor de anticipación funcional, de lo cual resulta, por una parte, la marcada prevalencia de la estructura visual en el reconocimiento, tan precoz, de la forma humana, mientras que, por la otra, las probabilidades de identificación con esa forma reciben, [...] un apoyo decisivo, que va a constituir en el hombre ese nudo imaginario, absolutamente esencial, al que oscuramente, y a través de las inextricables contradicciones doctrinales, [...] ha designado el psicoanálisis con el nombre de *narcisismo* (Lacan, 1946, pág.183)^{xlv}.

Allí Lacan sostiene la importancia de la imagen en el ser humano y, el hecho de que esta actúe como bisagra entre lo psíquico y lo biológico. Confirma que es en el otro donde el sujeto se identifica y, cree poder designar en la *imago* el objeto propio de la psicología, que le parece correlativo a un espacio en progreso de la noción de *Gestalt*, como indivisible de un tiempo de fase y repetición.

Su opinión es que le da fundamento una forma de causalidad psíquica:

[...] es la causalidad psíquica misma: la identificación, ésta es un fenómeno irreductible, y la Imago es esa forma definible en el complejo espacio-temporal imaginario que tiene por función realizar la identificación resolutive de una fase psíquica, esto es, una metamorfosis de las relaciones del individuo con su semejante (Ibíd., p.185).

Esa relación le permite a Lacan dar testimonio de una ambivalencia primordial que se presenta en espejo: "*el sujeto se identifica en su sentimiento de sí con la imagen del otro, y la imagen del otro viene a cautivar en él este sentimiento*" (Ibíd., p.178).

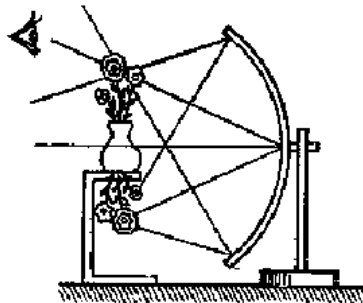
Dice Amigo, que el sujeto tiene que saber quién es en el campo de la imagen, para lo cual va a ser necesario que pueda inscribir el "uno unificante", aquel que le

permite inscribir el - ϕ “letra que hace posible la identificación imaginaria” (1999. Pág. 6)^{xlvi}.

Lacan describe en *Los escritos técnicos de Freud* el modelo óptico, utilizado en el *Estadio del espejo*, como revelador de las relaciones del sujeto con su imagen en tanto *Urbild del Yo*, señalando que las imágenes ópticas que interesan, a diferencia de las ciencias que efectúan un corte, una disección de la anatomía: [...] “*presentan variedades singulares, algunas son puramente subjetivas: virtuales; otras son reales, es decir que se comportan en ciertos aspectos como objetos y pueden ser consideradas como tales*” (1954, pág. 124)^{xlvii}, y aclara “*la hipótesis estructural fundamental*” , sirviéndose del concepto de función: “*Para que haya óptica es preciso que a cada punto dado en el espacio, le corresponda un punto y sólo uno en otro espacio imaginario*” (Ibíd.).

Apoyado en la experiencia, tomada de la física, del ramillete invertido y los espejos, Lacan da cuenta de los diferentes espacios: real e imaginario o virtual, que se encuentran comprometidos con respecto a la subjetividad en su relación con el Otro.

En el gráfico que utiliza para esta explicación, se observa el espejo esférico, se observan dos objetos: una caja que oculta el florero, y flores. En relación al esquema, Lacan va a decir que, el florero imaginario representa la imagen del cuerpo, la caja representa el cuerpo, y las flores a los deseos o los objetos de deseos (Ibíd., p.128-129). En el mismo, demuestra que el lugar en el que aparece esa imagen, se va a ver una imagen que tiene una consistencia absolutamente distinta a lo que es una imagen en un espejo.



Lacan explica que: “dada la propiedad de la superficie esférica, todos los rayos que emanan de un punto dado aparecen en el mismo punto simétrico, con todos los rayos ocurre lo mismo” (Ibíd. p. 126), de tal modo que el espejo cóncavo produce un imagen real que:

[...] a cierta distancia –en el plano del centro de la esfera- le corresponde por convergencia de los rayos reflejados [...] otro punto luminoso: una imagen real del objeto. [...] Los rayos convergen cuando llegan al ojo y divergen cuando se alejan de él. En sentido contrario, se forma una imagen Virtual. Es lo que sucede cuando miran una imagen en el espejo: la ven allí donde no está” (Ibíd.).

Allí, Lacan explica la ilusión, que a los ojos del observador, siempre y cuando, el ojo de este, esté ubicado en el lugar indicado, verá aparecer en el espejo un florero con flores, produciéndose una situación en la que dicho observador, no podrá distinguir qué de esa imagen es real y qué producto del reflejo especular:

Lacan va a decir que *“aquí es donde la imagen del cuerpo le ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo”*. Este esquema le permite ilustrar *“de modo particularmente sencillo, el resultado de la estrecha intrincación del mundo imaginario y del mundo real en la economía psíquica”* (Ibíd., p.127).

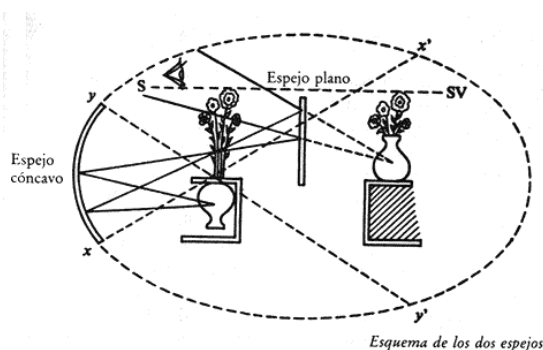
Aquí Lacan describe cómo de manera prematura la sola visión de la unidad del cuerpo humano le permite al sujeto un dominio imaginario del mismo anticipado al dominio real, donde, en: [...] *“ésta aventura imaginaria [...] el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es: dimensión esencial de lo humano, que estructura el conjunto de su vida fantasmática”* (Ibíd., p. 128).

Dice Lacan que para que ante un ojo que mira se produzca la ilusión, y a través de ello, se constituya un mundo donde lo imaginario pueda formular e incluir lo real y lo real pueda a su vez situar e incluir lo imaginario, es condición que:” *el ojo ocupe determinada posición: [...], estar en el interior del cono* (Ibíd., p. 129).

Lacan explica que el ojo que él sitúa allí es el símbolo del sujeto, lo cual significa que: “en la relación de lo imaginario con lo simbólico y lo real respecto a la

constitución del mundo que de ella resulta, depende de la situación del sujeto, [...] caracterizada por su lugar en lo simbólico”. Esto demostraría, cómo la situación del sujeto que está inmerso en el mundo de la palabra, está signada por el lugar que ocupará en ese mundo simbólico que lo antecede.

En el esquema que presenta en *Los dos narcisismos*, Lacan agrega un espejo plano en el medio de la sala. El sujeto verá la imagen del florero en el fondo de esa sala, no de manera directa, pero si a condición de adosar el ojo al espejo cóncavo.



Lacan explica que:

[...] existe en primer lugar un narcisismo en relación a la imagen corporal. Esta imagen es idéntica para el conjunto de los mecanismos del sujeto y confiere su forma a su mundo circundante, en tanto es hombre. Ella hace la unidad del sujeto, la vemos proyectarse de mil maneras, hasta en lo que podemos llamar la fuente imaginaria del simbolismo, que es aquello a través de lo cual el simbolismo se enlaza con el sentimiento que el ser humano tiene de su propio cuerpo (Lacan, 1954, p. 192)^{xlviii}.

Lacan se pregunta qué verá en el espejo y su respuesta, es que se encontrará con su propia cara, en primer lugar, allí donde ella no está y que en segundo lugar, verá aparecer esa imagen real como imagen virtual: *“en el hombre, la reflexión en el espejo manifiesta una posibilidad noética original e introduce un segundo narcisismo. Su pattern fundamental es de inmediato la relación con el otro”* (Ibíd., p. 193).

Aquí Lacan explica a través de la reflexión en el espejo cómo la relación narcisista está centrada en una imagen especular narcisista y una identificación al otro.

Según Lacan, el niño es el otro, *“el otro tiene para el hombre un valor cautivador”*, en tanto anticipa la imagen unitaria, tal como ella es percibida en el espejo o en la realidad toda del semejante.

[...] el otro se confunde en menor o mayor grado, según las etapas de la vida con el *Ich-Ideal*, el ideal del yo. Esta identificación narcisista “la del segundo narcisismo es la identificación al otro, que en el caso normal permite precisar con precisión su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general. Esto le permite *ver* en su lugar y estructurar su ser en función de ese lugar y de su mundo (Ibíd., p. 193).

En 1960 relata Lacan, que: “la función del modelo es dar una imagen de cómo la relación con el espejo, o sea la relación imaginaria con el otro y la captura del Yo ideal sirven para arrastrar al sujeto al campo donde se hipostasía¹ en el Ideal del Yo” (1960. p.648)^{xlix}

El estadio del espejo marca un antes y un después en la constitución subjetiva. Antes el niño no tenía idea de tener un cuerpo y luego del estadio del espejo va a percibir psíquicamente la idea de que tiene un cuerpo como *“imago unificada”* (Amigo, 1998, p. 87)ⁱ.

“Para las imagos, [...] la imagen especular parece ser el umbral del mundo visible” [...] (Lacan, 1949, p.101)ⁱⁱ

Explica Yankelevichⁱⁱⁱ, que la forma normativa de asunción de esta unificación se relaciona con el planteamiento de Freud, según el cual, los padres proyectan en sus hijos aspectos de su propio narcisismo, *“Su Majestad el Bebé”*, se convierte en el ser omnipotente e ideal que ellos hubieran anhelado ser. Un lugar que Freud define como aquel en el que no debería *“tener existencia la enfermedad, la muerte, la renuncia al goce ni la restricción a la voluntad y ante el cual las leyes de la naturaleza y la sociedad han de cesar”* (1914, p. 88)ⁱⁱⁱⁱ.

“Esa significación va a hacer de esa imagen un “yo” que viene de afuera de un cuerpo, pero decide después como se percibe el uno del cuerpo”, [...] ese uno sobre el cual el niño va a construir una identificación imaginaria, [...] fundando

¹ En filosofía, ser o sustancia concretos de los cuales los fenómenos son una manifestación. En Diccionario Enciclopédico Vox 1. © 2009 Larousse Editorial, S.L

una necesaria identidad yoica, [...] “funda el ideal del yo que el Otro le devuelve” (Amigo, 1999, p. 87)^{liv}

A la altura del Seminario 11 Lacan hace referencia a la pérdida del otro en el sentido de separación yo-otro. Allí en relación al juego del *fort-da*, donde Freud capta la repetición reiterada que observa en el juego de su nieto cuando parte su madre, Lacan, toma la explicación de Wallon donde subraya que lo primero que hace el niño no es vigilar el lugar por donde su madre partió sino detenerse en ese sitio donde lo abandonó, y expresa que

[...] el punto junto a él que la madre ha dejado, da lugar a la hiancia producida por la ausencia, [...] donde lo que cae no es el otro en tanto que figura donde se proyecta el sujeto, sino ese carrito unido a él por el hilo que agarra, donde se expresa qué se desprende de él en esa prueba, [...] el juego del carrito es la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre vino a crear, [...] un foso, en el borde de su cuna, a cuyo alrededor sólo tiene que ponerse a jugar al salto” (Lacan, 1964, p. 70)^{lv}

Lacan va a decir, que: *“el carrito no es la madre”* [...], ese carritel es [...] *“un trocito del sujeto, que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo”*. Allí va a explicar el juego completo simboliza la repetición, donde, en la alternancia Fort- Da, el niño solo busca *“ser un Fort de un Da, y un da de un Fort”*. (Ibíd., pág. 71).

En 1954 Lacan ya había hecho referencia a ese juego y a la importancia de que el niño pronunciara las palabras *Fort-Da*, que en su lengua materna son el equivalente a *Lejos-Aquí, para él, [...] “lo importante es que hay allí una primera manifestación del lenguaje, y que [...] mediante esta oposición fonemática el niño trasciende, llevando a un plano simbólico el fenómeno de la presencia y de la ausencia”* (1954, p. 257)^{lvi}

Es ese el momento donde el niño puede simbolizar la ausencia de su madre, madre que va y viene, ausencia y presencia, momento de la constitución psíquica donde se puede ubicar el yo-otro (1964, p. 71)^{lvii}.

Amigo explica qué hay un *“uno unario”* que localiza el deseo del Otro, allí donde el sujeto se inscribe en el campo del Otro como significante de la repetición. Y hay

un “*uno unificante*” que pertenece al registro imaginario. Especificando que sobre ese “*uno*” el niño va a apuntalar una identificación imaginaria que va a fundar el Ideal del yo que el Otro devuelve, como así también los semejantes y la tensión agresiva. Allí expresa que ésta última se debe a que: “*la imagen tiene una capacidad de unificación que el bebé aún no posee*”. Él se ve erecto en la imagen, sobre todo si sus papás se la devuelven bien, pero todo eso lo puede sólo el del espejo porque él aún no ha alcanzado la mielinización suficiente para conseguir mantener sus miembros erectos. Refiere Amigo que: [...] “*eso que ve en el espejo puede a todas luces más que él*” (1999, p. 87)^{lviii}

En el *Seminario 1*, Lacan explica que, no alcanza con que haya una imagen, para producir ese efecto cautivante que va a concluir en la identificación formadora del yo; a su vez, hace falta, también, un buen lugar, lugar que va a estar dado por lo simbólico, que permita desde dónde mirarse, para verse allí de determinada manera narcisista. “*El sujeto ve su ser en una reflexión en relación al otro, es decir en relación al Ich-Ideal*” (1954, p.193).^{lix}

En 1954 Lacan da mayor relevancia al campo de lo simbólico. Explica allí que en una primera instancia estaría el movimiento bascular por el cual el niño constituye su imagen narcisista mediante el reconocimiento de su cuerpo en relación a la imagen que refleja el deseo de la madre sobre él mismo, ello implicaría una inversión de los fenómenos identificatorios propuestos por Freud: en vez de ser el niño el que causa la identificación con la madre, es la madre quien produce al yo del niño:

La relación existente entre el sujeto y su *Urbild*, su Ideal Ich, por la que accede a la función imaginaria y aprende a reconocerse como forma, siempre puede bascular. Cada vez que el sujeto aprehende como forma y como yo [...] su deseo se proyecta hacia afuera. [...] Inversamente, cada vez que en el fenómeno del otro, surge algo que permite de nuevo al sujeto [...] volver a completar la imagen del *Ideal Ich*, [...] cada vez que el sujeto es cautivado por uno de sus semejantes, el deseo retorna al sujeto. Pero retorna verbalizado (Lacan, 1954, p. 254).^{lx}

Bleichmar explica que:

En ese sentido el chico lee en los movimientos esbozados de la madre la satisfacción de sus necesidades. Por otro lado la madre le aporta al chico el lenguaje que le dice qué es lo que está pasando; le dice “tenés frío”, “tenés hambre”. No sólo la madre lee sus necesidades sino que le construye necesidades. Es el otro en tanto la madre le aporta el código, pero es el ‘otro en tanto es el “otro” imaginario, el semejante especular, con el cuál el chico se identifica y cree que ese otro es él” (1977, p.39).^{lxi}

Según Lacan el Yo-ideal como imagen del cuerpo sería indispensable para la posterior inserción en la realidad simbólica: en el caso de las psicosis se trataría justamente de un problema que surge ya en este primer nivel:

En otros términos, la relación simbólica define la posición del sujeto como vidente. La palabra, la función simbólica, define el mayor o menor grado de perfección, de completitud, de aproximación de lo imaginario. La distinción se efectúa en esta representación entre el *Ideal- Ich* y el *Ich- Ideal*, entre Yo ideal e Ideal del yo. El Ideal del yo dirige el juego de las relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria [...] Se trata justamente de eso: de una coincidencia entre ciertas imágenes y lo real [...] .Hablamos justamente de las imágenes del cuerpo humano, y de la humanización del mundo, su percepción en función de imágenes ligadas a la estructuración del cuerpo. Los objetos reales, que pasan por intermedio del espejo y a través de él, están en el mismo lugar que el objeto imaginario (Lacan, 1954, p.214).^{lxii}

Explica Amigo, que la salida del estadio del espejo solo puede lograrse a través de la coordinación de la imagen del *uno unificante* con la traza del *uno unario* propio, no del otro. “*Aquí, la letra necesita de la superficie imaginaria para concluir su escritura en tanto tal, [...] si el rasgo unario logra posarse sobre el uno unificante, alguien puede devenir único, pudiendo afirmarse que ha logrado un estilo*” (Amigo, 1999, p. 93).^{lxiii}

Yankelevich realiza un trabajo investigativo donde expresa que en el mismo, trata de *“integrar la compleja y cambiante teoría no solo “del”, sino “de los espejos a la teoría general e las identificaciones”* (1999, p. 86).^{lxiv}

Amigo desarrolla en *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*, lo aleatorio, lo lleno de contingencias que acontece en el proceso lógico de la constitución subjetiva. Yankelevich ubica como la autora piensa la estructura de un modo no binario y en tres tiempos que son los de las identificaciones, que si bien son lógicas no por ello dejan de ser cronológicas, es decir que: *“se inscriben en ciertos momentos en que abren o cierran para siempre a los tiempos posteriores”* (2003, pág. 12).^{lxv}

Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* dice que en primer lugar la identificación es: *“la forma más originaria de ligazón afectiva con otra persona”* y *“desempeña un importante papel en la prehistoria del Complejo de Edipo (1921, p. 99)”*^{lxvi}, que permite conformar el propio yo a imagen de un objeto, es decir un ser amado, tomado como modelo. Allí explica que la identificación es: *“la forma más primitiva y, la más originaria del lazo afectivo”* (Ibíd., p.100).

En este texto, Freud realiza un ordenamiento teórico y establece diferencias respecto a tres modalidades distintas de identificación.

La identificación es desde un principio ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de ternura o el deseo de aniquilación. Se comporta como un retoño de la primera fase, oral de la organización libidinal, en la que el objeto *anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal* (Ibíd.p.99).

En 1923 Freud considera la identificación primaria como [...] *“la de mayor valencia del individuo, la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece ser el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata (no mediada), más temprana que cualquier investidura de objeto* (1923, p.33)^{lxvii}.

En este texto Freud se apoya en las investigaciones que realizaron Smith y Frazer sobre los pueblos primitivos, donde intentaban dar una primera explicación del parricidio, elaborando una teoría donde afirmaban que la exogamia era una institución que se encargaba de prevenir el incesto. Desde ese lugar, Freud señala

que el totemismo es una forma primitiva de todas las religiones y que se sostiene a través de determinados tabúes inviolables. Allí explica que dentro del grupo social, son los tótems los que cumplen la función de resguardar la prohibición del incesto.

Dentro de este marco, Freud va a definir que es *tótem* y *tabú*. Al *tótem* lo señala como un animal comestible que, si bien puede resultar inofensivo, también puede representar temor, peligro, y que en raras ocasiones, podría ser una planta o una fuerza natural. Según explica allí, lo importante para que sea considerado un tótem, sea cual fuere la forma, es que debe ser apreciado por los integrantes de un mismo clan (1913 [1912-13], p. 129)^{lxviii}.

Dentro de la palabra *tabú* Freud distingue varias significaciones, dice que simboliza algo sagrado, algo que protege, pero, que la acepción que mejor lo define es la que se refiere a la prohibición, dándole importancia al hecho de que esta negativa no está dictaminada por un tercero, sino que está determinada por la misma norma.

En el *Retorno del totemismo a la infancia*, Freud a través de las observaciones realizadas por Smith sobre la comida totémica, la teoría darwiniana sobre el estado primitivo de la sociedad humana (Ibíd., p. 128), y las observaciones en los casos de fobias infantiles, que le permiten considerar que el animal totémico es un sustituto del padre (Ibíd., p. 134), elabora el mito de la horda primitiva.

Según Freud, el mítico padre de *Tótem y tabú*, es el padre de la horda de las tribus primitivas, que gozaba de todas las mujeres de su clan, a la vez que prohibía a sus hijos varones satisfacerse con ellas. Y explica que según el mito, los hijos privados del acceso a las mujeres, deciden un día matar al padre e incorporarlo: “ *el hecho de haber recibido en sí la vida sagrada, cuya portadora es la sustancia del tótem, podría explicar sin duda el talante festivo y todo cuanto de él se sigue*” (Ibíd., p. 143). Freud afirma que la alimentación de partes del Tótem permite al nativo apropiarse de las cualidades de las personas a quienes estas pertenecieron, mediante el acto de devoración consumado en rituales totémicos. “*El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la*

devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. (Ibíd.). Para luego afirmar que: “El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es realmente el sustituto del padre”. (Ibíd.):

Si ahora conjugamos la traducción que el psicoanálisis ha dado del tótem con el hecho del banquete totémico y la hipótesis darwiniana sobre el estado primordial de la sociedad humana, [...] la perspectiva de una hipótesis que acaso parezca fantástica, tiene la ventaja de establecer una unidad insospechada entre serie de fenómenos hasta ahora separados (Ibíd.).

Si el animal totémico es una sustitución del padre, dice Freud que:

[...] tras eliminarlo, tras satisfacer su odio e imponer su deseo de identificarse con él, [...] el muerto se volvió más fuerte de lo que fuese en vida. [...] lo que antes le había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la <<obediencia de efecto retardado>> (Ibíd., p. 143).

Para Freud, *“Ninguno de los hijos varones puede abrirse paso en su deseo originario de ocupar el lugar del padre que alguna vez existió”* (Ibíd.p.145, n 51).

Freud deja en claro que los dos tabúes totémicos no tienen el mismo valor: *“solo uno, el respecto al animal totémico, descansa por entero en motivos de sentimientos”*: la tribu había matado al padre, y eso no tenía remedio. El segundo: *“la prohibición del incesto, tenía un poderoso fundamento práctico”*. Una vez muerto el padre, su ley que era no acceder a las mujeres de su clan, se hace cumplir más allá de la muerte de ese padre. (Ibíd. p. 145-46).

En *El yo y el ello*, Freud dice que:

Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras él se esconde la identificación primaria y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal [...] es una identificación directa e inmediata, [...] más temprana que cualquier investidura de objeto (1923, pág.33)^{lxix}

En 1932, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud expresa que: “se ha comparado la identificación, con la incorporación oral, canibática, de la persona ajena”. Ésta [...] es una forma muy importante de la ligazón con el prójimo, probablemente la más originaria”, y que [...] “no es lo mismo que una elección de objeto”. (p.58)^{lxx}.

Según podemos observar en los escritos freudianos, la identificación primaria precede a la elección de objeto y esto la distingue de las identificaciones secundarias.

Lacan en el Seminario 4, *La relación de objeto*, dice en referencia a la obra de Freud, que la construcción de este “mito moderno”, en cuyo centro está el “padre muerto”, “se basa en una noción estrictamente mítica, porque es propiamente la categorización de una forma de lo imposible, [...] lo impensable, a saber la eternización de un solo padre en el origen, con la característica de haber sido asesinado” (1957, p.213)^{lxxi}.

En *Escritos 1* Lacan habla del padre como simbólico, “el nombre del padre”, el que garantiza un lugar en la filiación: “es en el nombre del padre que nos es necesario reconocer el soporte de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su figura con la ley.” (1953, p. 269)^{lxxii}

La posibilidad de que un niño incorpore la *Ley de prohibición del incesto* e inscriba el *Nombre del Padre*, depende de la operatoria que realice la madre. Es la madre, la que permite o no que esa ley pase al hijo.

Antes de que la madre pueda elegir un partenaire para tener un hijo, está en juego el amor de esa madre por su propio padre. Pero no el de su padre real, sino el amor al padre que actúa simbólicamente en ella. Es decir, el respeto a la ley de prohibición de incesto, que ha incorporado de su propia madre y su propio padre a través de lo que ha vivido en su propio complejo de castración.

Es por amor al padre que ella tuvo y al padre que opera en ella como hija que va a poder desear un hijo, en tanto que algo le falta.

Freud explica en la 33^a conferencia. *La feminidad*, que la salida normal del complejo de Edipo en la niña es deseando ser madre teniendo un hijo de su padre: “cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces siguiendo

una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar de pene” (1933[1932], p.118)^{lxxiii}.

Sobre el complejo de Edipo en la niña, dice Cosentino que la niña acepta la castración como un hecho consumado.

-El sepultamiento...- es abandonado después poco a poco: este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos - poseer un niño, recibir un hijo- permanecen en el inconciente, donde se conservan con una fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual (1999, p. 129)^{lxxiv}.

También agrega Cosentino, que el complejo de castración es asumido de manera muy diferente por la niña que por el niño. Para la niña: *“la renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza -a lo largo de una ecuación simbólica- del pene al hijo (hijo=falo)”* (Ibíd.).

En relación al lugar que normativamente debería ocupar un niño para su madre, en el *Seminario 4*, Lacan va a decir, el niño debería adquirir: *“el valor de la metáfora del amor de la madre por el padre, además de ser la metonimia de su deseo de falo”* (1957, p. 244)^{lxxv}.

En este seminario Lacan va a ubicar al padre en diferentes registros: simbólico, real e imaginario.

Según Lacan, el padre muerto, el mítico padre de la horda, es el padre como significante, el padre que ha incorporado la madre a partir de su complejo de Edipo.

Explica Lacan que este padre simbólico comenzaría a operar en tanto y en cuanto, haya una madre que habiendo cursado el complejo de Edipo, cuente con la inscripción del *Nombre del Padre* en ella misma, y que a su vez, pretenda transmitir esa legalidad a un hijo. Madre que, atravesada por esa ley salga del complejo de Edipo en falta. Falta que le va a permitir desear un hijo:(hijo=falo).

En *La lógica de la castración*, Lacan dice:

El Nombre del Padre es lo que yo llamo, [...] el padre simbólico, [...] es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro en cuanto sede de la ley representa al Otro, [...] es el Otro en el Otro (1958, p. 150)^{lxxvi}

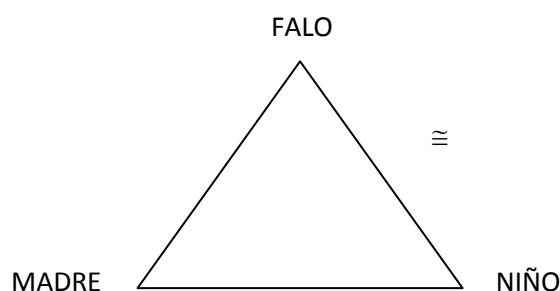
El Nombre del Padre, refiere Lacan, es el significante que indica que la madre desea el falo.

En el *Seminario 4*, Lacan explica que *“la noción de la relación de objeto es imposible entenderla, si no se introduce el falo como uno de sus elementos”* (1956, pág. 30)^{lxxvii}. En este momento habla de elemento tercero y presenta un esquema inédito hasta entonces.

Allí Lacan manifiesta que la madre nunca está a solas con el hijo: entre uno y otro siempre está el falo. El niño cobra un valor fálico al identificarse con el objeto de deseo materno.

Al respecto, dice Amigo que:

Lacan afirma que sin identificación fálica no hay ingreso a la estructura, que este ingreso se lleva a cabo sí y solo sí puede el niño identificarse al falo, [...] planteando esta equivalencia desde el mismo comienzo, dentro de un triángulo (1999, pág.26).^{lxxviii}



Y explica que si falo y niño fueran lo mismo, no dando lugar a una triangulación, falo y niño intervendrían en un segmento de recta.



Pero, dice Amigo, hay un triángulo, con lo cual, Lacan –que no desmiente ni discute la atribución fálica imprescindible para que una maternidad sea normativa-

ya triangula la relación, poniendo al niño en situación, al mismo tiempo, de ser y no ser el falo (Ibíd., pág. 26).

A modo de ubicar quien es la madre del niño, en *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*, Amigo explica que ella es el único ser que teniendo apetito por ese niño que trajo al mundo, a la vez que desee ser colmada por él, le permita a él que no la colme del todo:

El chico puede identificar a la madre, cuando puede deducir que esa señora experimenta en relación a él un apetito que ningún otro ser que lo rodea puede experimentar, [...] el niño identifica a la madre en el momento en que esta desiste de un goce, para cuya consecución había hecho venir al mundo a ese chico (Amigo, 2003, pág.30).^{lxxix}

En el mismo texto, sostiene que esta situación paradójica, que indica quien es la madre, señala “una salida del orden del signo y una entrada a la lógica del significante” (Ibíd.).

Explica Amigo que lo que hace madre a una mujer que espera un niño o que ya lo ha tenido, es: [...] “*dar su falta. Y lo que le falta no es solamente el hijo, sino lo escrito por Lacan como Otro al cual le falta un significante*” (2003, p. 31)^{lxxx}.

Dice Lacan:

El Otro da únicamente la tela del sujeto, es decir su topología, por la cual el sujeto se introduce en una subversión, [...] no hay más sujeto que del decir [...] la suerte del Otro, pende no diré de mi interrogación, [...] el drama es que más allá de la suerte que reserve al Otro, la misma experiencia demuestra, que soy la huella de su deseo. Por eso, además estoy interesado en la suerte del Otro (1968, p. 62-65)^{lxxxi}.

c) La desestructuración del yo y sus consecuencias.

El presente trabajo utilizará como material clínico la novela de Amèlie Nothomb, “*Metafísica de los tubos*” que fue publicado en el año 2000.

Va a estar basado en la narración aparentemente autobiográfica de los tres primeros años de vida de la autora en Japón. Dicho relato se tomará cual si fuera el relato de una paciente en análisis.

Para ello presento a continuación una síntesis del texto que intento trabajar, del cual utilizaré algunas frases:

“En el principio no había nada. [...] Dios era la satisfacción absoluta. Nada deseaba, nada esperaba, nada percibía, nada rechazaba y por nada se interesaba. La vida era plenitud hasta tal punto que ni siquiera era vida. Dios no vivía, existía” (Nothomb, 2000, p. 7)^{lxxxii}.

Las únicas actividades de Dios eran la deglución, la digestión y, como consecuencia directa la excreción. [...] Dios habría todos los orificios necesarios para que los alimentos y líquidos lo atravesaran”. [...] esta es la razón por la cual, llegados a este punto de su desarrollo, llamaremos a Dios el tubo”. [...] Dios poseía la flexibilidad de la manguera, pero seguía siendo rígido e inerte, confirmando así su naturaleza de tubo. Conocía la serenidad absoluta del cilindro. Los padres del tubo estaban preocupados. Consultaron a los médicos para que analizaran el caso de aquel segmento de materia que parecía carecer de vida.

[...] Los médicos diagnosticaron [...] su bebé es un vegetal (Ibíd. p. 10).

[...] Los padres se sintieron aliviados por lo que consideraban una buena noticia. Un vegetal tiene vida.

-Hay que hospitalizarlo – decretaron los doctores.

Los padres ignoraron aquella orden tajante. Tenían ya dos hijos que pertenecían a la especie humana: no les parecía inaceptable tener, además, progenitura vegetal. Incluso les producía cierta ternura.

Lo llamaron cariñosamente << La Planta >>.

[...] Pero todos se equivocaban. Ya que las plantas, incluso las verduras, no por tener una vida imperceptible al ojo humano dejan de tener vida. Se estremecen ante la proximidad de la tempestad, lloran de felicidad con el amanecer, se blindan de desprecio cuando alguien las agrade o se entregan a la danza de los siete velos con la llegada de la estación del polen. Poseen una mirada, eso está fuera de toda duda, aunque nadie sepa en qué lugar tienen las pupilas.

El tubo, en cambio, era pura y simple pasividad. Nada le afectaba, ni los cambios de clima, ni el anochecer, ni los cien pequeños tumultos cotidianos, ni los grandes e insoldables misterios del silencio (Ibíd., p. 11).

[...] A los padres les divertía la flema de su Planta y decidieron ponerla a prueba. Dejarían de darle bebida y comida hasta que la reclamase: de este modo se vería obligada, tarde o temprano, a reaccionar.

Pero quien ríe el último ríe mejor: el tubo aceptó la inanición como lo aceptaba todo, sin el menor asomo de desaprobación o de asentimiento. Comer o no comer, beber o no beber, le daba lo mismo: ser o no ser, aquélla no era la cuestión.

Al término del tercer día, los estupefactos padres del tubo lo examinaron: había adelgazado un poco y sus labios entreabiertos estaban resecos, pero, por lo demás, no parecía encontrarse mal. Le administraron un biberón de agua azucarada que se tomó sin pasión alguna.

—Esta criatura se habría dejado morir sin quejarse —dijo la madre horrorizada.

—No le comentemos nada a los médicos —dijo el padre—. Nos tomarían por sádicos.

En realidad, los padres no eran sádicos: estaban simplemente horrorizados al comprobar que su retoño carecía de instinto de supervivencia. Les pasó fugazmente por la cabeza que su bebé no era una planta, sino un tubo: rechazaron de inmediato aquella idea insostenible.

Los padres eran de naturaleza despreocupada y pronto olvidaron el episodio del ayuno. Tenían tres hijos: un niño, una niña y un vegetal. Aquella diversidad les gustaba, más aun teniendo en cuenta que los dos mayores no dejaban de correr, saltar, chillar, pelearse e inventar nuevas estupideces: siempre había que ir detrás de ellos para vigilarles.

Con el menor, por lo menos, no tenían ese tipo de preocupaciones. Podían dejarlo días enteros sin canguro: por la noche, lo encontraban en la misma posición que por la mañana. Le cambiaban los pañales, lo alimentaban, y ya era suficiente. Un pez rojo en un acuario les habría ocasionado más molestias (Ibíd., p. 12-13).

[...] Al principio, la madre intentó darle el pecho. Ante la visión del seno alimenticio, ningún fulgor iluminó los ojos del bebé: permaneció quieto, sin hacer nada, con las narices a un centímetro del seno. Molesta, la madre le metió el pezón en la boca. Dios apenas chupó. Entonces la madre decidió no darle el pecho. (Ibíd., p. 14).

[...] El tubo había hallado una ingeniosa solución para resolver los conflictos lingüísticos nacionales: no hablaba, nunca había dicho nada, ni siquiera había emitido el más mínimo sonido.

Pero su mutismo no preocupaba tanto a sus padres como su inmovilidad. Cumplió un año sin haber esbozado su primer movimiento. Los otros bebés daban ya sus primeros pasos, mostraban sus primeras sonrisas, sus primeros algo. Dios, en cambio, no dejaba de hacer su primer nada de nada.

Y todavía resultaba más extraño teniendo en cuenta que crecía. Su crecimiento era absolutamente normal. Era el cerebro el que no respondía. Sus padres lo afrontaban con perplejidad: en su casa existía nada que ocupaba cada vez más espacio.

Pronto la cuna se le hizo pequeña. Hubo que trasladar al tubo a una cama-jaula que ya habían utilizado su hermano y su hermana.

—Quizás este cambio le haga despertar—deseó la madre (Ibíd., p. 15-16).

[...] Alcanzó la edad de dos años como habría alcanzado la de dos días o dos siglos. Continuaba sin cambiar de posición, ni siquiera sentía la tentación de intentarlo: permanecía tumbado de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo, como una estatua minúscula.

Entonces la madre lo levantó por las axilas para ponerlo en pie: el padre le ayudó a que, con sus pequeñas manos, se sujetara a los barrotes de la cama-jaula para que tuviera una idea de cómo mantenerse por sí mismo. Luego, dejaron que aquel edificio se desmoronase: Dios cayó de espaldas y, en absoluto afectado, prosiguió su meditación.

—Necesita música—dijo la madre—. A los niños les gusta la música.

Mozart, Chopin, los discos de los 101 dálmatas, los Beatles y el shaku hachi produjeron en la sensibilidad de la criatura la misma ausencia de reacción.

Los padres renunciaron a convertirlo en músico. De hecho, renunciaron a convertirlo en un ser humano (Ibíd., p. 17).

[...] Vivir significa rechazar. Aquel que todo lo acepta vive igual que el desagüe de un lavabo. Para vivir, es necesario ser capaz de no situar al mismo nivel, por encima de uno, a mamá y el techo. Hay que renunciar a uno de los dos y elegir

interesarse o bien por mamá o bien por el techo. La única mala elección es la ausencia de elección.

Dios no había rechazado nada porque no había elegido nada. Por eso no vivía.

En el momento de su nacimiento, los bebés gritan. Ese grito de dolor ya es en sí mismo una rebelión y esa rebelión ya constituye un rechazo. Ésa es la razón por la cual la vida empieza el día del nacimiento y no antes, pese a lo que puedan decir algunos.

El tubo no había emitido ni el más leve decibelio el día del parto.

Sin embargo, los médicos habían determinado que no era ni sordo, ni mudo, ni ciego. Era simplemente un lavabo al que le faltaba el tapón. Si hubiera podido hablar, habría repetido sin cesar esta única palabra: «sí».

La gente rinde culto a la regularidad. Les gusta creer que la evolución es el resultado de un proceso normal y natural; la especie humana estaría regida por una especie de fatalidad biológica interna que la ha llevado a dejar de andar a cuatro patas hacia la edad de un año o a dar sus primeros pasos tras varios milenios (Ibíd., 18).

Nadie desea creer en los accidentes. Éstos, ya sean la expresión de una fatalidad exterior —lo cual ya de por sí resulta cargante— o del azar —lo que todavía es peor—, son rechazados por el imaginario humano. Si alguien se atreviera a decir: «A la edad de un año di mis primeros pasos accidentalmente» o «Un día el hombre jugó a ser bípedo accidentalmente», le tomarían inmediatamente por chiflado.

La teoría de los accidentes resulta inaceptable, ya que permite suponer que las cosas habrían podido suceder de un modo distinto. La gente no admite que un niño de un año no tenga el pensamiento de andar; eso equivaldría a admitir que podría ser que el hombre nunca hubiera tenido intención de andar sobre dos patas. ¿Y quién podría creer que a una especie tan brillante no habría podido ocurrírsele algo así?

A los dos años, el tubo ni siquiera había intentado el cuadrupedismo, ni el movimiento, por otra parte.

Tampoco había probado el sonido. Los adultos dedujeron que existía un bloqueo en su evolución. Nunca se les habría ocurrido deducir que el bebé no había conocido accidente alguno, ya que ¿quién iba a pensar que, sin accidente, el hombre permanecería perfectamente inerte?

Existen los accidentes físicos y los accidentes mentales. La gente niega con rotundidad la existencia de estos últimos: nunca nos referimos a ellos como motor de la evolución (Ibíd., p. 19).

Sin embargo, nada resulta más fundamental para el devenir humano que los accidentes mentales. El accidente mental es una mota de polvo que, por casualidad, penetra en la ostra del cerebro, pese a la protección de las conchas cerradas que representa la caja del cráneo. De repente, la tierna materia que habita en el corazón del cráneo se ve perturbada, se siente asustada, amenazada por ese cuerpo extraño que acaba de colarse en su interior; la ostra, que vegetaba pacíficamente, activa la alarma e intenta defenderse. Inventa una sustancia maravillosa, el nácar, envuelve la partícula intrusa para incorporarla y así crear la perla (Ibíd., p. 20).

Sin embargo, existen seres que no se sienten afectados por la ley de la evolución, que no sufren ningún accidente fatal. Son los vegetales clínicos. Los médicos estudian sus casos. En realidad, son lo que deseáramos ser. Es la vida lo que debería ser considerado un fallo de funcionamiento (Ibíd., p. 21).

[...] De repente, la casa empezó a retumbar a causa de los gritos (Ibíd., p. 22).

[...] Como último recurso, la madre acudió a mirar a su habitación. Lo que vio la dejó estupefacta: Dios estaba sentado en su cama-jaula y gritaba tanto como puede llegar a hacerlo un bebé de dos años.

[...] La madre, fascinada, acudió a coger en brazos a su retoño. Enseguida lo dejó en la cama-jaula, ya que gesticulaba con todos sus miembros y la golpeaba.

Corrió por la casa gritando: « ¡La Planta ha dejado de ser una planta! ». Llamó al padre para que acudiera al lugar del fenómeno. Su hermano y su hermana fueron invitados a extasiarse ante la santa cólera de Dios (Ibíd., p. 23).

[...] La familia aplaudió. Aquello fue considerado una excelente noticia. La criatura estaba finalmente viva (Ibíd., p. 24).

[...] El padre estaba tan excitado como si acabara de nacer su cuarto hijo.

Telefonó a su madre, que residía en Bruselas.

— ¡La Planta se ha despertado! ¡Coge un avión y ven a conocerla!

[...] Mientras tanto, los padres empezaban a echar de menos al vegetal de antaño. Dios estaba permanentemente colérico. Casi era necesario lanzarle el biberón desde lejos, por miedo a que les golpeará. Podía calmarse durante algunas horas, pero nadie sabía lo que aquella calma presagiaba.

[...] Lentamente, un vivo disgusto se iba apoderando de él. Se daba cuenta de que aquellos objetos existían fuera de él, al margen de su reinado. Eso le desagradaba y le hacía gritar.

Por otro lado, había observado que, con la boca, los padres y sus satélites producían sonidos articulados muy concretos: aquel proceder parecía permitirles controlar las cosas, anexionárselas (Ibíd., p. 25).

[...] El significado de sus gritos era el siguiente:

— ¡Movéis los labios y de ello emana un lenguaje! ¡Yo muevo los míos y sólo sale ruido! ¡Esta injusticia resulta insoportable! ¡Gritaré hasta que mis gritos se conviertan en palabras!

Ésta era la interpretación de la madre:

—Comportarse como un bebé a los dos años no es normal. Se da cuenta de su atraso y eso le pone nervioso.

Falso: Dios no sufría ningún atraso. Y quien dice atraso dice complejo. Dios no se comparaba. Sentía en su interior un poder gigantesco y se ofuscaba al comprobar que era incapaz de ejercerlo. Su boca le traicionaba. Ni por un instante dudaba de su divinidad y se indignaba de que sus propios labios no le respondieran (Ibíd., p. 26).

La abuela llegó a Osaka.

[...]Pidió entonces que le presentaran al tercer niño, al que todavía no conocía.

[...]Dos años y medio. Gritos, rabia, odio. El mundo resulta inaccesible para las manos y la voz de Dios. A su alrededor, los barrotes de la cama-jaula. Dios permanece encerrado. Le gustaría hacer daño, pero no puede. Se ensaña con la sábana y la manta, que martillea a patadas.

[...] De repente, el campo visual es invadido por un rostro desconocido e inidentificable. ¿Qué es? Es un humano adulto, del mismo sexo que la madre, parece.

[...] El rostro sonríe (Ibíd., p. 29).

[...] En efecto, una mano aparece en su campo visual, pero — ¡sorpresa!— sujeta entre los dedos un bastoncito blanquecino. Dios nunca ha visto nada parecido y se olvida de gritar.

—Es chocolate blanco de Bélgica —le dice la abuela a la criatura al tiempo que lo destapa.

De esas palabras, Dios sólo entiende «blanco»: le suena, la ha visto en los envases de leche y en las paredes. Los otros vocablos son oscuros: «chocolate» y sobre todo «Bélgica». A estas alturas, el bastoncito está cerca de su boca.

—Es para comer —dice la voz.

Comer: Dios sabe lo que eso significa. Ese bastoncito blanquecino desprende un olor que Dios desconoce. Huele mejor que el jabón y la pomada. Dios tiene miedo y deseo a la vez. Hace muecas de asco y saliva de apetito.

En un arranque de valor, atrapa la novedad con los dientes, la mastica aunque no es necesario, se derrite sobre la lengua, enmoqueta el paladar, le llena la boca, y se produce el milagro.

La voluptuosidad se le sube a la cabeza, le hace jirones el cerebro y hace resonar una voz que nunca había oído:

— ¡Soy yo! ¡Yo soy la que vive! ¡Yo soy la que habla! No soy «él» ni «éste», ¡soy yo! Ya no tendrás que decir «él» para hablar de ti, tendrás que decir «yo». Y soy tu mejor amigo: el placer es mío (Ibíd., p. 30).

[...] Pedazo a pedazo, el chocolate se había introducido dentro de mí. Descubrí entonces que, en el extremo de aquella difunta golosina, había una mano, y que al final de aquella mano había un cuerpo culminado por un rostro bondadoso. Y yo, la voz, dije:

—No sé quién eres, pero, dado que me has proporcionado comida, eres una buena persona.

Las dos manos levantaron mi cuerpo para sacarme de la cama-jaula y me encontré en unos brazos desconocidos (Ibíd., p. 31-32).

[...] Llegó finalmente el día de mi tercer cumpleaños (Ibíd., p. 118).

[...] — ¿Dónde está mi regalo?

[...] — Mira dentro del agua.

Tres carpas vivas jugueteaban en su interior.

—Hemos observado que sentías pasión por los peces [...] es una buena idea, ¿verdad? (Ibíd., p. 120).

[...] Aquella historia habría resultado cómica de no haber sido por mi deber cotidiano de alimentar aquella acuática fauna [...] de pie junto al estanque de piedra, desmenuzaba aquel alimento y lo lanzaba al agua [...] el problema era que aquellos tres bichos acudían a la superficie con la jeta abierta [...] la visión de aquellas tres bocas sin cuerpo emergiendo del estanque para comer me dejaba estupefacta de repugnancia (Ibíd., p. 123).

[...] Me esforzaba, dispersando el arroz aglomerado, por mirar lo menos posible las jetas de aquella masa.

[...] Me acostumbré a realizar aquella tarea con los ojos cerrados. Era una cuestión de supervivencia (Ibíd., p. 124).

[...]¿Por qué la boca de las carpas provocaba en mí aquel vértigo horrorizado, aquella consternación de los sentidos, aquellos sudores fríos, aquella mórbida obsesión, aquellos espasmos del cuerpo y de la mente? (Ibíd., p. 125).

[...]De noche, en mi cama, la oscuridad se poblaba de bocas abiertas. Bajo mi almohada, lloraba de terror. La autosugestión era tan intensa que los enormes cuerpos escamosos y flexibles me acompañaban entre las sábanas, me abrazaban, y su jeta bezuda y fría me morreaba. Era la impúber amante de fantasmas pisciformes (Ibíd., p. 126).

[...] Mediodía. [...] Es la hora del suplicio. [...] cojo las galletas de arroz de la despensa. [...]Me acerco al estanque de piedra. [...] Les lanzo trozos de comida. El ramillete de bocas se abalanza. Los tubos abiertos engullen (Ibíd., p. 131).

[...] Su garganta está tan abierta que si uno se inclinara un poco podría verles hasta el estómago. Mientras continúo distribuyendo la pitanza, me siento cada vez

más obnubilada por lo que me muestra esa trinidad: normalmente, las criaturas esconden el interior de su cuerpo. ¿Qué ocurriría si la gente exhibiera sus entrañas?

Las carpas han transgredido este tabú primordial: me imponen la visión de su tubo digestivo a la intemperie.

¿Te parece repugnante? En el interior de tu vientre ocurre lo mismo. Si este espectáculo te obsesiona tanto, quizás es porque te reconoces en él. ¿Acaso crees que tu especie es diferente? Los tuyos comen menos suciamente, pero comen, y en el interior de tu madre, de tu hermano, también ocurre algo parecido.

¿Y tú, qué te crees? Eres un tubo procedente de otro tubo. Estos últimos tiempos has tenido la gloriosa sensación de evolucionar, de convertirte en materia pensante. Bagatelas. ¿Acaso la boca de las carpas te pondría tan enferma si no vieras en ellas un innoble reflejo de ti misma? Recuerda que eres tubo y en tubo te convertirás (Ibíd., p. 132).

[...] Hago callar esa voz que me dice cosas terribles.

[...] Mira, pues. Mira con los ojos bien abiertos. La vida es lo que ves: membrana, tripas, un agujero sin fondo que exige ser rellenado. La vida es ese tubo que engulle y que permanece vacío.

Mis pies están junto al estanque. Los observo con recelo, ya no me fío de ellos.

Ya no reflexiono. Tiemblo. Mis ojos vuelven a las jetas de los animales. Tengo frío. Siento náuseas.

Me flojean las piernas. No lucho. Hipnotizada, me dejo caer en el estanque (Ibíd., p. 133).

[...] Ni siquiera noto que me falte el aire.

Deliciosamente serena, contemplo el cielo a través de la superficie del estanque. La luz del sol nunca resulta tan hermosa como vista desde debajo del agua. [...] Me siento bien. Nunca me había sentido mejor.

[...] De repente, algo se interpone entre los bambúes y yo: una débil silueta humana aparece y se inclina hacia mí. Pienso con disgusto que esa persona intentará repescarme (Ibíd., p. 134).

[...] De una cosa estoy segura: esa mujer dejará mi muerte a salvo (Ibíd., p. 135).

[...] La tercera persona del singular retoma poco a poco posesión del «yo», que me sirvió durante seis meses. La cosa cada vez menos viva siente que vuelve a convertirse en el tubo que quizás nunca dejó de ser.

Pronto, el cuerpo no será más que tubo. Se dejará invadir por el elemento adorado que proporciona la muerte. Finalmente liberado de sus funciones inútiles, la canalización dejará paso al agua, a nada más (Ibíd., p. 138).

[...] De repente, una mano agarra el bulto yacente por la piel del cuello, lo sacude y lo devuelve brutalmente, dolorosamente, a la primera persona del singular.

El aire penetra en mis pulmones, que habían creído ser branquias. Me duele. Grito. Estoy viva. Recupero los ojos. Veo que es Nishio-san la que me ha sacado del agua.

Grita, pide ayuda.

[...] — ¡Rápido, vamos al Hospital de Kobe!

[...] Mamá me lanza sobre el asiento trasero y arranca. Debe de pensar que estoy inconsciente, ya que me cuenta lo que me ha ocurrido (Ibíd., p. 139).

—Estabas dando de comer a los peces, has resbalado y te has caído al estanque. En circunstancias normales, habrías nadado sin ningún problema. Pero en tu caída tu frente ha chocado contra el fondo de piedra y has perdido el conocimiento.

La escucho con perplejidad. Sé perfectamente que eso no es lo que me ha ocurrido.

Insiste preguntándome:

— ¿Me entiendes?

—Sí.

Entiendo que no tengo que decirle la verdad. Entiendo que vale más limitarse a esa versión oficial.

[...] Hay, sin embargo, algo que deseo dejar claro:

— ¡No quiero dar de comer a las carpas nunca más!

—Pues claro. Te comprendo. Te da miedo volverte a caer al agua. Te prometo que no volverás a darles de comer.

—Te cogeré en brazos e iremos juntas a darles de comer (Ibíd., p. 140).

[...] Así terminó lo que fue mi primera —y hasta el día de hoy, única— tentativa de suicidio.

Nunca les conté a mis padres que no fue un accidente (Ibíd., p. 142).

[...] Lo que recuerdo con certeza es que, cuando estaba entre dos aguas, me sentía bien.

A veces me pregunto si no estaba soñando, si aquella aventura iniciática no era un espejismo.

Entonces me miro al espejo y veo, sobre mi sien izquierda, una cicatriz de una admirable elocuencia” (Ibíd., p. 143).

Hasta acá la transcripción de las partes del texto que considero relevantes para la realización de este trabajo. El eje del mismo se centrará en la escena de la caída al estanque y la narración que se deja escuchar en su relato.

En este, la realidad psíquica del discurso que Amèlie venía desarrollando se interrumpe, dando lugar a imprecisiones que cuestionan el funcionamiento de la historia del sujeto como trama subjetiva de sostén.

Debido a ello mi pregunta es:

- ¿Qué motivó la caída de esta niña en el estanque?

El interrogante se abre en las imprecisiones que el relato de Amèlie presenta en la escena de la caída del estanque. Donde la autora narra un supuesto intento de suicidio dentro del cual hay un punto radicalmente distinto en la cadena asociativa de su discurso, momento en el que manifiesta que alguien intentará “repescarla”, instante donde deja de ser ella para ser “carpa”, pasando luego a describir la situación en la que es rescatada como aquella en la que “vuelve a penetrar aire en sus pulmones que había creído branquias”.

Como hemos observado en el transcurso del relato, cuando ella está ante los peces carpa, al principio siente asco, luego le dan mucho miedo, hasta que se encuentra con el tubo donde refiere: *“las carpas [...] me imponen la visión de su tubo digestivo a la intemperie”. [...] Hago callar esa voz que me dice cosas terribles: [...] Mira, pues. Mira con los ojos bien abiertos. La vida es lo que ves:*

membrana, tripas, un agujero sin fondo que exige ser rellenado. La vida es ese tubo que engulle y que permanece vacío.

Luego expresa: [...] “Tiemblo. Mis ojos vuelven a las jetas de los animales. Tengo frío. Siento náuseas. Me flojean las piernas. [...] No lucho. Hipnotizada, me dejo caer en el estanque”. Aquí ya no hay palabras que puedan dar cuenta de ello. Es el momento en el cual en el lugar donde Amèlie necesita seguir hablando, tiembla, siente náuseas, se le aflojan las piernas. Es allí donde no sólo se detiene la cadena asociativa, sino que además, en el lugar de los significantes aparece la irrupción de la pulsión.

A partir de este material se pueden observar en principio dos momentos: uno donde al toparse con los peces carpa siente asco y miedo, ve el tubo digestivo y empieza a sentirse mal porque comienza a ver lo que no tiene que ver, el interior al descubierto de los peces. Y otro donde dice: [...] *“eres tubo y en tubo te convertirás”.* Allí señala que ella vino de un tubo y al tubo puede volver. Lo cual indica que ser tubo no es algo que retorne en ella por la vía del recuerdo, sino que retorna actualizado, pero de un modo tal que aún lo puede inscribir en la cadena asociativa. En esa escena se podría situar la aparición de una falla imaginaria donde se empieza a desestabilizar su armado corporal. Pero hasta el momento en que piensa esa frase todavía cuenta con algún simbólico con el cual la pueda recubrir. Luego que dice: [...] *“Tiemblo. Mis ojos vuelven a las jetas de los animales. Tengo frío. Siento náuseas. Me flojean las piernas. [...] No lucho”,* para luego referir: [...] *Hipnotizada, me dejo caer en el estanque,* es en ese instante de caer donde la falla tanto imaginaria como simbólica da lugar al fenómeno de ruptura.

En 1920 la noción del inconciente freudiano queda ligada a un *“Más allá del principio de placer”*, con lo cual, Freud, cambia la estructura teórica que venía sosteniendo hasta el momento. En esta se produce un giro donde Freud define la pulsión de muerte como un esfuerzo del organismo vivo que resignado ante la influencia de fuerzas perturbadoras externas, puja por reconstruir un estado anterior: [...] *“o si se quiere, la exteriorización de la inercia de la vida orgánica”* (1920, p. 36)^{lxxxiii}.

Lo que irrumpe, dice Freud, en las neurosis traumáticas es el terror. En Amèlie lo que irrumpe en la cadena asociativa de su relato es lo inasimilable por el aparato psíquico, no sin antes atravesar un estado de angustia donde la visión de los peces le muestra lo visible de aquello que no debería ver.

En relación al tema Freud hace una diferenciación entre terror, miedo y angustia. El miedo es a un objeto determinado, la angustia tiene una expectativa y una preparación ante el peligro aunque este sea desconocido y en el terror juega el factor sorpresa cuando un peligro acecha.

[...] Adquirí la costumbre de acudir a alimentar aquella trinidad cada día.

[...] La visión de aquellas tres bocas sin cuerpo emergiendo del estanque para comer me dejaba estupefacta de repugnancia.

[...] Me esforzaba, dispersando el arroz aglomerado, por mirar lo menos posible las jetas de aquella masa.

[...]De noche, en mi cama, la oscuridad se poblaba de bocas abiertas. Bajo mi almohada, lloraba de terror. La autosugestión era tan intensa que los enormes cuerpos escamosos y flexibles me acompañaban entre las sábanas, me abrazaban, y su jeta bezuda y fría me morreaba.

Este es el relato, que de tal modo se podría corresponder con lo que Freud situara dentro del campo del terror.

¿Y, porque no pensarlo dentro de la estructuración subjetiva, donde se presenta la angustia ante el miedo de toparse con esa boca de los peces cada vez que iba a darles de comer?

En relación al tema, Freud describe en 1909, el “*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*”, donde observa clínicamente el desarrollo de una zoofobia en el pequeño Juanito, representada en el temor a que un caballo lo mordiera. Allí explica que la fobia, es caracterizada por el trabajo psíquico destinado a volver a ligarla la libido. Es a partir de que el niño puede decir que le tiene miedo al caballo, que “*podrá bloquear cada una de las ocasiones posibles para el desarrollo de angustia, mediante unos parapetos psíquicos*” (1909, p. 95)^{lxxxiv}.

En 1915 Freud explica que la lectura del caso Juanito deviene otra:

El afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo [...] la angustia crea a la represión y no - como yo opinaba antes- la represión a la angustia” (1926 [1925], p.103)^{lxxxv}.

En el capítulo IV Freud se pregunta por el síntoma de Juanito, ya que al principio el niño se negaba a salir a la calle porque le daban miedo los caballos, pero después toma conocimiento de que no se trata sólo de *“una angustia indeterminada frente al caballo, sino de una determinada expectativa angustiada: el caballo lo morderá”* (Ibíd., pág., 97).

Juanito está atravesando en ese momento el complejo de Edipo; el amor a su madre y la consecuente ambivalencia hacia su padre constituyen en esta época la causa de su conflicto. Se encuentra ante una actitud de celos y hostilidad hacia su progenitor.

Para Freud estos conflictos de ambivalencia son muy frecuentes y tienen otro desenlace típico en una represión por formación reactiva del yo, en el que de los dos impulsos en pugna habitualmente el cariñoso se intensifica y desaparece su opuesto. Pero esto no aparece en Juanito, donde encuentra en primer lugar, la alternativa del síntoma fóbico por el mecanismo de desplazamiento.

El niño había visto caer un caballo y también lastimarse a uno de sus amigos con quien jugaba al *“caballito”*. Es de estos hechos, que Freud deduce que la moción asesina del complejo de Edipo había encontrado su representación en la idea de que el padre se cayera y se lastimara como su compañero de juegos, y que de ello surgía el temor a la venganza:

Vale decir que no podemos designar como síntoma la angustia de esta fobia; si el pequeño Hans, que está enamorado de su madre, mostrara angustia frente al padre, no tendríamos derecho alguno a atribuirle una neurosis, una fobia. Nos encontraríamos con una reacción afectiva enteramente comprensible. Lo que la convierte, en neurosis es, única y exclusivamente, otro rasgo: la sustitución del padre por el caballo. Es pues,

este desplazamiento lo que se hace acreedor al nombre de síntoma (Ibíd., p. 99).

Aquí el conflicto de ambivalencia no es resuelto en la misma persona como cuando interviene la reacción negativa, sino que, por medio de un rodeo, es esquivado mediante el desplazamiento de uno de los dos impulsos a un objeto sustitutivo, en este caso el caballo.

Según Freud Juanito hace una sustitución que es el ser amado por el padre a ser devorado por el caballo de modo tal que, su fobia es un intento de solucionar ese conflicto de ambivalencia amor-odio dirigido hacia su papá.

Además, Freud explica que la moción hostil del niño dirigida a su hacia su progenitor sufre una regresión a la fase oral y una sustitución:

No caben dudas de que la moción pulsional reprimida en estas fobias es una moción hostil hacia el padre. Puede decirse que es reprimida por el proceso de la mudanza hacia la parte contraria [...], en lugar de la agresión hacia el padre se presenta la agresión – venganza – hacia la persona propia. Puesto que de todos modos una agresión de esa índole arraiga en la fase libidinal sádica, sólo le hace falta todavía cierta regresión al estadio oral, que en Hans es indicado por el ser-mordido (Ibíd., pág., 101-102).

Freud sostiene que el motor de la represión expresada en el síntoma fóbico de Hans, es la angustia frente a una castración inminente:

Por la angustia de castración resigna el pequeño Hans la agresión hacia el padre; su angustia de que el caballo lo muerda puede completarse, sin forzar las cosas: que el caballo le arranque de un mordisco los genitales, lo castre [...] el motor de la represión es la angustia frente a la castración [...] «ser castrado por el padre» (Ibíd., pág., 103).

Hasta aquí el texto que sirve para dar cuenta de que en las zoofobias infantiles hay una regresión a la etapa oral. En Juanito el miedo a que el caballo lo muerda, en Amèlie el miedo ante la visión de las bocas, esas jetas de los peces emergiendo en el estanque y que le producen tanto miedo cuando se les acerca. ¿Pero qué puede pasar en la protagonista cuando el miedo no la lleva a evitar el

encuentro con aquellos animales?; ¿Por qué no buscar otra alternativa?, ¿Por qué no negarse a repetir una y otra vez aquel circuito que le producía tanto miedo?:

[...] la visión de aquellas tres bocas sin cuerpo emergiendo del estanque para comer me dejaba estupefacta de repugnancia.

[...] Me esforzaba, dispersando el arroz aglomerado, por mirar lo menos posible las jetas de aquella masa.

[...] Me acostumbré a realizar aquella tarea con los ojos cerrados. Era una cuestión de supervivencia.

[...]¿Por qué la boca de las carpas provocaba en mí aquel vértigo horrorizado, aquella consternación de los sentidos, aquellos sudores fríos, aquella mórbida obsesión, aquellos espasmos del cuerpo y de la mente?

[...] Mediodía. [...] Es la hora del suplicio. [...] cojo las galletas de arroz de la despensa. [...] Me acerco al estanque de piedra. [...] les lanzo los trozos de comida.

En su relato se observa una compulsión a repetir una y otra vez la misma tarea, donde se refleja en ella una decisión de ir a dar de comer a los peces a diario, aún a pesar de la angustia que le provoca esta actividad. Hay un goce, se diría, en esa insistencia que la lleva a reincidir continuamente la misma situación que no le produce placer.

Según Freud:

Las exteriorizaciones de una compulsión que hemos descrito en las tempranas actividades de la vida anímica infantil, así como en las vivencias de la cura psicoanalítica, muestran en alto grado un carácter pulsional*,y, donde se encuentra en oposición al principio de placer, demoníaco (1920.p. 35)^{lxxxvi}.

En el capítulo III de *Más allá del principio del Placer*, Freud comienza tomando el concepto de transferencia en relación al artículo que había escrito en 1914: en este trabajo Freud opone “*recuerdo a repetición*”: “*el analizado repite en vez de recordar y repite bajo las condiciones de la resistencia*” (1914, p. 153)^{lxxxvii}.

Colette Soler hizo alusión al término “*repetición*”, afirmando que si bien hay un uso vago del mismo, comúnmente dentro de la clínica descriptiva: [...] “*yo repito, el*

repite, nosotros repetimos...”, esta forma respondería a un sentido, pero refiere que también tiene otro sentido

[...] en general, ¿que designa *grosso modo* con este término? “Un tope del cambio. Cuando comenzamos a decir que “el paciente repite”, es porque tropezamos con un obstáculo. Tropezamos con algo que se resiste a cambiar, pero persiste idéntico a sí mismo” (Soler, 2004, p.14)^{lxxxviii}.

Esa repetición que vuelve con fidelidad no deseada, repite fragmentos de la vida sexual infantil, especialmente del complejo de Edipo y sus ramificaciones, que el sujeto no quiere recordar.

Ese goce que experimenta Amèlie en ir una y otra vez a dar de comer a las carpas, siendo que se podría haber negado, puede encuadrarse dentro de la compulsión a la repetición, del *Más allá del principio del placer* en Freud.

Es un placer en el displacer, no es el goce en el síntoma donde el sujeto habla del lado de la queja acerca de algo que le sucede, este es un goce que no tiene simbolización.

Esta compulsión a la repetición pone límite a la función de la palabra y la interpretación. Aquí la protagonista actúa una escena que no simboliza, lo cual marca una diferencia en Freud a la altura del *Más allá del principio de placer*.

Dice Vidal que:

[...] un más allá del placer es exigible para localizar, a partir del goce, al sujeto de la estructura. Se intenta extraer las consecuencias en el dominio de la satisfacción, de una compulsión a la repetición – *Wiederholungszwang* – que contradice el placer, evocando displacer para la instancia del yo. Paradójicamente, displacer – *Unlust* – para un sistema trae satisfacción – *Befriedigung* – a otro. (2014, pág. 4)^{lxxxix}

En relación a los manuscritos del *Más allá del principio de placer: acerca del capítulo III*, Cosentino dice que:

Lacan, algunos años después, no deja dudas: en los textos de Freud, repetición no es reproducción [...]. Ya en 1914, con la reformulación de los soportes de su práctica el trabajo del recuerdo no es nunca exhaustivo. [...] La compulsión a la repetición “equivale a convocar un retazo de vida real”

está en juego la relación de la *Wiederholungszwang* con lo real [...] no ha de confundirse con el retorno de los signos, ni tampoco con la reproducción o la modulación por la conducta de una especie de rememoración actuada. (Cosentino, 2014, p. 122)^{xc}

Mónica Torres expresa que ese modo de recordar en transferencia, es ese mismo actuar que Freud denomina *agieren*, “*aparece como algo fundamental en la transferencia [...] como algo que busca satisfacción a la pulsión, con lo cual podemos establecer una primera aproximación a la relación entre transferencia y pulsión*”. Para luego agregar:

La compulsión de repetición [...] se opone al desplazamiento significativo que facilita el trabajo del recuerdo [...] en esta oposición obtiene una satisfacción que, al obtenerse es momento de cierre del inconsciente y aparición de un goce silencioso, que a partir del Más allá... va a estar emparentado con la pulsión de muerte (2000, pág. 94).^{xci}

Según Freud, en ese *Más allá* que es territorio de la pulsión de muerte, impera el principio de nirvana, que tiende al cero absoluto, reducción completa de las tensiones, donde se anula la diferencia, la individualidad y donde lo vivo muere. La vida podrá subsistir mientras Eros consiga someter al principio de nirvana y modificarlo en principio del placer:

El principio de nirvana, súbdito de la pulsión de muerte, ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio del placer [...] en lo sucesivo tendríamos que evitar considerar a esos dos principios como uno solo [...] si nos empeñamos en avanzar en el sentido de esta reflexión, no resultará difícil colegir el poder del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales (1924, p. 166)^{xcii}

Con el antecedente de la compulsión a la repetición de 1920 y partiendo desde el tercer modelo pulsional: Pulsión de Muerte - Pulsión de Vida, Freud plantea que el masoquismo es incomprensible si se sigue sosteniendo que el Principio de Placer gobierna el funcionamiento del aparato psíquico, siendo que la meta de este

principio, es la evitación de displacer y la ganancia de placer. No es que éste ya no esté, si no que no va a gobernar a todos los procesos anímicos. El displacer, el dolor, pasarán a ser una meta en sí mismos; “Si el dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos en metas, el Principio del placer queda paralizado y el guardián de nuestra vida, narcotizado” (1924, p. 66)^{xciii}.

En 1920 cuando Freud introduce el concepto de pulsión de muerte, se anticipa la paradoja, que hace imposible sostener que placer y displacer sean referidos al aumento o la disminución de una cantidad. Según Freud:

[...] ciertas pulsiones o partes de pulsiones se muestran, por sus metas o sus requerimientos, inconciliables con las restantes que pueden conjugarse en la unidad integradora del yo. Son segregadas entonces de esa unidad por el proceso de la represión; se las retiene en estadios inferiores del desarrollo psíquico y se les corta, en un comienzo, la posibilidad de alcanzar satisfacción. Y si luego consiguen (como tan fácilmente sucede en el caso de las pulsiones sexuales reprimidas) procurarse por ciertos rodeos una satisfacción directa o sustitutiva, este éxito, que en otras condiciones o circunstancias habría sido una posibilidad de placer, un placer potencial o posible, es sentido por el yo como displacer (1920, p. 10)^{xciv}.

En *Más allá del principio de placer*, Freud fundamenta el concepto de pulsión de muerte: [...] *“todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas [...] La meta de toda vida es la muerte; y retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo”* (Ibíd., p. 38).

Es en este texto de 1920 donde Freud sitúa la compulsión a la repetición como una manifestación de la pulsión de muerte, caracterizada por una tendencia [...] “más originaria, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona” (Ibíd., p. 28).

Explica Freud:

[...] estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones [...] y quizás de toda vida orgánica en general. Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado

anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (Ibíd., p. 36).

Desde este nuevo dualismo pulsional: pulsión de vida, *Eros* versus pulsión de muerte, *Tanathos*, dice Freud, que el sujeto tiende a pesar de su bienestar, al malestar y al sufrimiento. Con este fundamento, va a explicar que el aparato psíquico no está regido por el principio de placer, como venía sosteniendo, sino que está gobernado por un más allá del principio de placer, ya que la pulsión de muerte será una pulsión más originaria que la pulsión de vida

[...] uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia adelante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto (Ibíd., p. 40).

A esta altura Freud rompe con la idea de que el ser humano busca su bien.

En *El problema económico del masoquismo* Freud dice: “Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales” (1924, p. 166)^{xcv}, y señala que la libido se enfrenta a la pulsión de muerte desviando una buena parte hacia fuera, la cual forma el sadismo propiamente dicho, que recibe el nombre de pulsión de destrucción, pero, dice, que otro sector permanece en el interior del organismo y allí se liga con la libido.

Vidal afirma: “Es el masoquismo originario que tiene al “propio ser por objeto” [...] es “testigo” – Zeuge – y “resto” – Uberrest de aquella etapa de formación en que tuvo lugar la aleación de la pulsión de muerte con Eros” (2005, p. 6)^{xcvi}.

A esa primera ligadura entre pulsión de vida y pulsión de muerte Freud la va a llamar masoquismo erógeno, y lo va a considerar como más primario respecto al sadismo. Según Freud, este masoquismo erógeno es constitutivo del aparato psíquico y va a acompañar el desarrollo libidinal tomando prestado sus cambiantes revestimientos psíquicos. De este modo, la satisfacción pulsional se vuelve paradójica, ya que no sólo se tratará de la satisfacción libidinal, sino también de la satisfacción en la autodestrucción.

Debido a este masoquismo erótico que sitúa Freud, el sujeto es masoquista por estructura, con lo cual, por constitución no tiende a buscar su propio bien y por así decirlo repite y repite algo que le es negativo como modo de obtener la satisfacción en el padecimiento, el placer de sentir dolor.

Desde aquí podría situarse dentro del masoquismo erótico, ese repetir sistemáticamente algo que es displacentero, tal cual sucede en Amèlie, cuando repite una y otra vez aquella situación desagradable de volver continuamente al estanque, como una satisfacción, que sin embargo, le producía tanto padecimiento.

Según Cosentino:

En 1924, se produce el encuentro de la hipótesis de la pulsión de muerte con el masoquismo erótico, originario, que provoca una torsión: la condición primaria del masoquismo altera la relación del sujeto con la satisfacción. [...] se trata de una satisfacción de otro orden: el sujeto encuentra placer, más allá del principio, en el displacer, hay lugar para el goce" (p. 120)^{xcvii}.

Pero, según narra la protagonista, después de muchas veces de repetir aquel rutinario encuentro con los peces del estanque, cuando iba a darles de comer, algo novedoso, de otra característica, aparece en escena.

[...] Mediodía. [...] Es la hora del suplicio. [...] cojo las galletas de arroz de la despensa. [...] Me acerco al estanque de piedra. [...] Les lanzo trozos de comida. El ramillete de bocas se abalanza. Los tubos abiertos engullen.

[...] Su garganta está tan abierta que si uno se inclinara un poco podría verles hasta el estómago. Mientras continuo distribuyendo la pitanza, me siento cada vez más obnubilada por lo que me muestra esa trinidad: normalmente, las criaturas esconden el interior de su cuerpo. ¿Qué ocurriría si la gente exhibiera sus entrañas?

Las carpas han transgredido este tabú primordial: me imponen la visión de su tubo digestivo a la intemperie.

¿Te parece repugnante? En el interior de tu vientre ocurre lo mismo. Si este espectáculo te obsesiona tanto, quizás es porque te reconoces en él. ¿Acaso

crees que tu especie es diferente? Los tuyos comen menos suciamente, pero comen, y en el interior de tu madre, de tu hermano, también ocurre algo parecido. ¿Y tú, qué te crees? Eres un tubo procedente de otro tubo. Estos últimos tiempos has tenido la gloriosa sensación de evolucionar, de convertirte en materia pensante. Bagatelas. ¿Acaso la boca de las carpas te pondría tan enferma si no vieras en ellas un innoble reflejo de ti misma? Recuerda que eres tubo y en tubo te convertirás (Ibíd., p. 132).

[...] Hago callar esa voz que me dice cosas terribles.

[...] Mira, pues. Mira con los ojos bien abiertos. La vida es lo que ves: membrana, tripas, un agujero sin fondo que exige ser rellenado. La vida es ese tubo que engulle y que permanece vacío.

Aquí, en Amèlie aparece algo del orden del horror. Allí donde las carpas le muestran la visión del tubo digestivo de los peces que no deja de ser un reflejo de lo que fue y puede volver a ser.

Esto podría estar relacionado con aquello que se presenta como siniestro, tal cual Freud lo define: "*das Unheimliche*", [...] aquella suerte de sensación de espanto que se adhiere a las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás (1919, p. 238)^{xcviii}

En el texto de 1919, "Lo ominoso", dice Freud que: "*No hay duda de que pertenece al orden de lo terrorífico, de lo que excita angustia y horror*", planteándose la posibilidad de "*diferenciar algo ominoso dentro de lo angustioso*". Con lo cual agrega que podría obtenerse para el término "*ominoso*" un núcleo que le permita diferenciar, tanto por la vía de "*pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua sedimentó en la palabra ominoso*" como la de agrupar todo aquello que en personas y cosas despierta en ellos ese sentimiento de lo ominoso, que sería "*aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo*" (Ibíd., p. 219-220).

Freud hace un recorrido donde explica que, si se rastrea el sentido y uso del término "*heimlich*" (familiar, que sería lo opuesto a "*unheimlich*", ominoso, pero que forma parte de esa palabra), encuentra en el diccionario de la lengua alemana de Daniel Sanders (Ibíd., pág. 221), dicho vocablo no es unívoco, "*sino que*

pertenece a dos círculos de representaciones que, sin ser opuestos, son ajenos entre sí: el de lo familiar y agradable, y el de lo clandestino que se mantiene oculto". El término "unheimlich" no es opuesto al primer círculo de representaciones sino al segundo, según Freud: Schelling (Ibíd., pág. 221) lo utiliza en referencia a aquello que "estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, ha salido a la luz".

Freud, además realiza la misma tarea, utilizando el diccionario de los hermanos Grimm (Ibíd.) para concluir señalando que *"heimlich es una palabra que ha desarrollado su significado siguiendo una ambivalencia hasta coincidir al fin con su opuesto, unheimlich. De algún modo, unheimlich es una variedad de heimlich"*

Otto Rank en su trabajo del *"doble"*, indaga los vínculos de su propia imagen vista en el espejo, con lo que llama *la sombra y el miedo a la muerte*. Dice que el doble tiene su origen en una enérgica desmentida del poder de la muerte y es probable que "el alma inmortal" fuera el primer doble del cuerpo (Ibíd., p. 234-235). Según Freud, *"esta imagen tiene su correlato en un medio figurativo onírico, que gusta de expresar la castración mediante duplicación o multiplicación del símbolo genital"* (Ibíd. p. 236). Freud considera que estas representaciones han nacido sobre el terreno del irrestricto amor por sí mismo, el narcisismo primario, y que es con la superación de esta fase que cambia el signo del doble: *"de un seguro de supervivencia, pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte"* (Ibíd.).

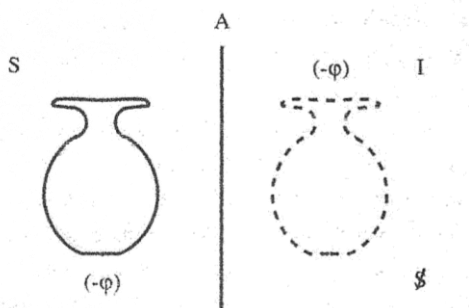
Para Freud, *"la representación del doble no necesariamente es sepultada junto con ese narcisismo inicial; en efecto, puede cobrar un nuevo contenido a partir de los posteriores estadios de desarrollo del yo"* Dice que, en el interior del yo se forma una instancia particular que se opone al resto del yo, la *"conciencia moral"*, lo cual *"posibilita llenar la antigua representación del doble con un nuevo contenido y atribuirle diversas cosas, principalmente todo aquello que aparece ante la autocrítica como perteneciente al viejo narcisismo superado de la época primordial"* (Ibíd.). Pero agrega que, todo eso no alcanza para *"comprender el grado extraordinariamente alto de ominosidad"* adherido a la figura del doble. En particular, *"nada de ese contenido podría explicar el empeño defensivo que lo proyecta fuera del yo como algo ajeno"* (Ibíd., p. 237).

En una nota a pie de página Freud comenta: "*Como también lo ominoso del doble es de este género, será interesante averiguar el efecto que nos produce toparnos con la imagen de nuestra propia persona sin haberla invocado e insospechadamente*". (Ibíd., p. 247, n.).

Lacan dice que: "la definición de lo unheimlich es que es heimlich. Lo que es unheim, es lo que se encuentra en el punto del Heim" (1975, pág. 57)^{xcix}.

En el punto que Freud sitúa ese giro de lo familiar a lo siniestro, Lacan ubica la aparición de "algo" que se presentifica en el lugar donde el sujeto tendría que poder enfrentarse a una falta. Para que el sujeto se encuentre en lo heim, en su casa, allí debe ubicarse menos-phi, que signifique falta, ausencia, que brinda un soporte de la imagen especular con una presencia en otra parte.

La angustia surge cuando un mecanismo hace aparecer algo en el lugar denominado menos-phi que se corresponde con el lugar que ocupa el objeto \underline{a} del otro lado del esquema, que presenta Rabinovich (1993, pág. 69)^c



Para Lacan el fenómeno de lo siniestro muestra cómo la angustia se produce ante todo lo que puede surgir en el lugar de $-\varphi$, dice Rabinovich: [...] "*lo que se produce cuando algo aparece en el lugar normalmente vacío del cuello del jarrón con su efecto de inquietante extrañeza*" (Ibíd.). Algo aparece allí donde debería faltar. Por eso lo siniestro, "*lo unheimlich es lo que surge en el lugar donde debería estar el $-\varphi$ [...] cuando algo surge ahí, [...] la falta viene a faltar*" (Lacan, 1962, p. 52)^{ci}. Esa presencia que debería estar en otra parte y que se apodera de la imagen animándola con un carácter extraño y angustiante de doble. De tal modo que la imagen se independiza cobrando un cuerpo que no le correspondía

cuando solo era la imagen especular. Entonces, la imagen ominosamente deviene como el “*doble real*” (Rabinovich, 1993, p.93)^{cii} del sujeto.

En ese texto, explica Rabinovich:

Para Lacan lo siniestro se produce cuando en ese lugar caracterizado por la ausencia, aparece el objeto *a*. Pero el objeto *a* apareciendo en ese lugar, implica la aparición de una presencia invisible que organiza el mundo de lo visible, [...] el mundo que no se ve (Ibíd.).

Eso puede haberle pasado a Amèlie, allí donde: “*se experimentaba en su no autonomía de sujeto, [...] como puro objeto*” (Ibíd.).

Lacan explica en *Lo que no engaña*, que:

Hay una estructura de la angustia, donde [...] un espejo no se extiende hasta el infinito, tiene límites, [...] este espejo permite al sujeto ver un punto situado en el espacio que no le es perceptible directamente. Pero yo me veo a mí mismo, o a mi ojo en el espejo, aunque el espejo me ayuda a percibir algo que de otro modo no vería. Lo que quiero decir con esto es que la primera cosa a plantear sobre la estructura de la angustia, [...] es que la angustia está enmarcada (1962, p.85)^{ciii}.

Más adelante hace referencia al cuadro de Magritte, en el que se observa una ventana pintada y enmarcada, con dos cortinas que adornan y remarcan los límites de la misma. A través de ella se observa con absoluta nitidez un paisaje. Pero entre la ventada y ese paisaje visto como real se interpone la tela de un bastidor de pintor, que reproduce aquello que imaginariamente debiera recubrir.

En referencia a la angustia Lacan expresa:

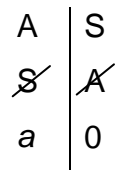
[...] pueden recordar la metáfora que emplee, la de un cuadro que viene a situarse en el marco de una ventana. Cualquiera sea el encanto de lo que está pintado en la tela, se trata de no ver lo que se ve por la ventana. [...] Lo único que quiero destacar hoy, es que lo horrible, lo oscuro, lo inquietante, todo aquello con lo que traducimos, como podemos en francés, el magistral *hunheimlich* del alemán, se presenta a través de ventanillas. Es enmarcado como se sitúa el campo de la angustia (Ibíd.).

Allí, donde la protagonista ve a través de su propia ventana, la de su propia novela, aquello que debería estar velado no se puede simbolizar poniendo en palabras su angustia. En su mismo relato rememora aquel desenlace inesperado. En ese momento se observa en su historización, que el soporte que las palabras de Amèlie daban a su realidad, ya no están. Aquí el significante falla, y en su lugar introduce un agujero en la trama simbólico-imaginaria. Y el pasaje al acto es la salida que encuentra, allí donde se desintegra el marco que sostenía su entramado subjetivo

En el *Seminario 10*, para hablar del pasaje al acto, Lacan hace referencia a lo que designó a minúscula, y acentúa su relación con el *Otro* con mayúscula.

En el mismo texto, Lacan ubica el pasaje al acto como: [...] *“la identificación absoluta del sujeto con el a al que se reduce”* (1963, p. 124)^{civ}.

Y unos párrafos más adelante, expresa que: *“el aislamiento del a se produce a partir del Otro, y es en la relación del sujeto con el Otro que se constituye como resto”* (Ibíd., p. 127). Y afirma el esquema de la división del sujeto.



Segundo esquema de la división

Allí Lacan explica:

Arriba del todo a la derecha el sujeto, en tanto que, en nuestra dialéctica tiene su punto de partida en la función del significante. Es el sujeto hipotético en el origen de dicha dialéctica. El sujeto tachado, por su parte, único sujeto al que accede nuestra experiencia, se constituye en el lugar del Otro como marca del significante. Inversamente, toda la existencia del Otro queda suspendida de una garantía que falta, de ahí el Otro tachado. Pero de esta operación hay un resto, es el a (Ibíd., p. 128).

El análisis del caso de la joven homosexual femenina le permite a Lacan precisar *“una característica estructural de la relación del sujeto con el a”*, una relación *“que*

se puede llamar universal", ligada a la función de resto del a. Para ello acude a un término tomado del vocabulario de Freud relativo a dicho caso: *"el dejar caer, el niederkommen lassen"* (Ibíd.).

Para Lacan *"este dejar caer es el correlato esencial"*, y [...] *"es la estructura misma del pasaje al acto"* (Ibíd.).

Es visto precisamente del lado del sujeto, donde [...] el momento del pasaje al acto es el del mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento. Es allí donde se encuentra –a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto- se precipita y bascula fuera de la escena (Ibíd.).

Según Lacan en esto consiste la estructura del pasaje al acto, donde: *"el sujeto se mueve en dirección a evadirse de la escena"*, [...] *"lo que nos permite reconocer el pasaje al acto en su valor propio"* (Ibíd., p. 129).

d) Conclusiones.

Llegado a este punto, lo primero que cabe aclarar es que el texto del que se van a extraer las conclusiones, se tomará cual si fuera el relato de una paciente adulta sobre cuestiones infantiles. A través del mismo intentaré explicar algunos acontecimientos de los primeros tiempos por los que atraviesa el niño en vías a la constitución subjetiva. La historización de la protagonista es parte de su realidad psíquica por lo cual si bien en el texto hace mención a tiempos cronológicos, al fin de este trabajo, los mismos no se tendrán en cuenta, porque entiendo que su relato es una ficción donde hay cosas que se presentan como congruentes, pero que para el caso serán tomadas lógicamente.

Amèlie cuenta que la llamaban cariñosamente *"la planta"*: De ese modo rememora cómo la significaron sus padres. Lugar que no alcanza a la categoría de "hijo/a" que sí tenían sus hermanos.

En relación al tema, Amigo dice, que si un recién nacido tiene un poco de suerte, [...] antes que nazca a la vida biológica misma, va a tener un nombre y un apellido

asignado antes de su nacimiento, va a formar parte de un linaje y se van a esperar de él muchas cosas (2003, p. 26)^{cv}

Teniendo en cuenta que el relato de Amèlie tiene valor de verdad podemos observar que si bien ella tiene un nombre, el mismo no entra en su discurso. Allí relata que fue una “planta”, aunque no cualquier planta. No de manera peyorativa “una planta”, si no “cariñosamente una planta”.

Estas son las marcas de lo que Yankelevich dio en llamar [...] “la apuesta a favor del bebe por parte del Otro” (Ibíd.).

Y se relaciona con lo que Amigo explica acerca de cómo funciona la estructura que permite que esa apuesta en el Otro se dé de manera sincrónica.

En esta sincronización

[...] de un solo golpe la madre pascaliza al niño, [...] pero el chico va a absorber diacrónicamente, paso a paso, cada una de estas atribuciones – en el caso afortunado que las hubiere- y en cada uno de esos pasos puede simplemente aceptar lo que del Otro le llega, inventar algún cambio de rumbo, o sucumbir a la imposibilidad de apropiarse del anhelo que para él se ha diseñado (Ibíd.).

Pero sin embargo aparecen en la rememoración de la protagonista otras situaciones que puntúa con un dejo de certeza donde podríamos preguntarnos: ¿qué pasa en el momento de la llegada de la abuela para que allí produzca el paso que le permita la constitución Yo-otro?

Allí cuenta que su abuela se acerca y le ofrece junto a una sonrisa la posibilidad de saborear una barrita de chocolate blanco de Bélgica. Acontecimiento que la sitúa en otro lugar, con otra significación que hace referencia a su pertenencia, a su linaje.

Considerando que, normativamente alrededor de los ocho meses el niño puede reconocer en medio de todas las caras humanas que lo rodean, la de su madre, dice Amigo que en esta época, [...] *frente a cualquier otra cara, va a manifestar seriedad o angustia, si se trata de un chico que ha tenido la suerte de ser acompañado hasta el puerto de esta primera identificación*” (Ibíd. p. 28).

¿Que transmitió la mirada de su abuela para que sin saberlo diera lugar a esta operatoria?

¿Qué pasó con el deseo de la madre, allí donde [...] *teniendo apetito por el chico que ha hecho venir al mundo, lo convoca como objeto de goce, y aun queriendo tragarlo, [...] “desiste de ese goce [...] en que despunta el apetito y se detiene”?*

Si bien puede deducirse del relato de la protagonista que hubo un deseo de la madre posado sobre ella, deseo de que viva, expresado en consultas a médicos y apuestas a conseguir logros, estos no resultan suficientes si hablamos del transcurso normativo hacia la constitución subjetiva de un niño.

Según Amigo no es tarea simple ser madre cuando [...] *no es sencillo resistir la caída en el fácil tobogán del ejercicio sobre su retoño, de un permanente goce fálico*” (1999, p.34)^{cvi}.

Se podría pensar que allí donde el goce fálico deja al niño en posición de objeto, ese goce produce sobre él mismo diferentes eficacias que se relacionan con la respuesta pulsional de la madre ante la demanda del hijo y su propio fantasma.

¿Qué marca dejó en la protagonista él haber sido significada fálicamente por su madre? ¿Y qué le pasó a la altura del narcisismo cuando se tiene que producir la constitución de la imagen especular?

Si la mirada de la madre implica para el niño que lo invista de manera libidinosa, donde la inbrincación pulsional pone en juego en ese momento la pulsión escópica, el niño toma de allí una imagen para que dentro de otras cosas pueda sentirse amado, mirado, etc.

El análisis debería llegar a situar esas primeras atribuciones que enuncian ese goce que nunca podrá ser recubierto por completo por el entramado pulsional. En Amèlie la novela que le permite reconstruir su historia da cuenta del deseo, del cuidado y de la una mirada, un poco tibia, de una madre que la significa como planta.

Su rememoración deja al descubierto los diferentes matices del modo en que se produjo su ingreso al campo del lenguaje.

Según Amigo: *“éste puede ser intrincado o desintrincado, con prevalencia de goce fálico o con ausencia de ella; con significación fálica o deficiencias en esa significación”* (Ibíd., p. 34-35).

Todo lo hasta acá descripto puede servir de apoyatura para pensar qué pudo haberle pasado a Amèlie.

Desde esta perspectiva se podría deducir que hubo falencias en el transcurso de la constitución subjetiva de la protagonista donde ante la mirada de sus padres se significa “una planta”, sitio en el que queda ocupando un inestable y precario lugar de alojamiento en el Otro, desde el cual es fácil caer demasiado pronto, cómo su dejarse caer en el estanque.

También se infiere que la deficiente y tardía conformación de una imagen a la cual identificarse, que uno lee a través de su relato, produce fallas en el registro imaginario que son observables con posterioridad. En el momento que va a dar de comer a las carpas su entramado imaginario se desestabiliza, ante la visión del tubo digestivo de los peces al descubierto. Allí la falla adquiere un mayor nivel de profundidad produciendo el fracaso del registro imaginario y como consecuencia la falla simbólica y el Yo por entero se desarma dando lugar a ese teórico intento de suicidio que la protagonista relata.

La historización que produce Amèlie descarta la descripción que brinda su madre como explicación al supuesto intento de suicidio que ella relata.

[...] —Estabas dando de comer a los peces, has resbalado y te has caído al estanque [...] en tu caída tu frente ha chocado contra el fondo de piedra y has perdido el conocimiento.

Aquí la realidad de la protagonista, se corrobora a medias con ese relato. La cicatriz que permanece indemne en su frente confirma la caída, pero su argumento ubica en ese punto la certeza imposible de su primer y único intento de suicidio.

Dice Amèlie:

[...] Así terminó lo que fue mi primera —y hasta el día de hoy, única— tentativa de suicidio.

[...] Lo que recuerdo con certeza es que, cuando estaba entre dos aguas, me sentía bien.

A veces me pregunto si no estaba soñando, si aquella aventura iniciática no era un espejismo.

Entonces me miro al espejo y veo, sobre mi sien izquierda, una cicatriz de una admirable elocuencia”.

Es ante la visión del tubo digestivo de los peces donde ubicamos esa escena, dentro del relato que Amèlie viene produciendo, que rompe con el valor de ficción que la misma tenía.

Cae al estanque. Y su verdad da lugar a la siguiente historización:

[...] Así terminó lo que fue mi primera —y hasta el día de hoy, única— tentativa de suicidio.

[...] Lo que recuerdo con certeza es que, cuando estaba entre dos aguas, me sentía bien.

A veces me pregunto si no estaba soñando, si aquella aventura iniciática no era un espejismo.

Entonces me miro al espejo y veo, sobre mi sien izquierda, una cicatriz de una admirable elocuencia”.

Es ese el punto donde cabría ubicar en la historia de Amèlie un espacio intermedio donde su Yo tambalea quedando en un límite difuso, como desdibujado “entre dos aguas”.

Bibliografía

- Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Santa Fe, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto de originarlo en psicoanálisis*. Santa Fe, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S. (2013). *Clínicas del cuerpo. El cuerpo, lo incorporal, el objeto a*. Bs. As.: Letra Viva.
- Assoun, P. L., *Introducción a la Epistemología Freudiana*. México: Siglo XX Editores, 1985.
- Bercherie, P., *Génesis de los conceptos Freudianos*, Paidós, Bs. As., 1988.
- Bleichmar, H. (1977). *El Edipo en Lacan II. El estudio de las perversiones*. Recuperado de <https://es.scribd.com/doc/26462675/Introduccion-al-estudio-de-las-perversiones>.
- Cazenave, L. y otros. (1998). *Infancia - Pubertad: una práctica psicoanalítica con el obstáculo*. Bs. As. Ed. Labrado.
- Coriat, E. (1996). *El psicoanálisis en la clínica de bebés y niños pequeños*, Cap. XVIII: Proyecto de neurología para psicoanalistas, Buenos Aires: La Campana.
- Cosentino J.C. (1992). *Puntualizaciones freudianas de Lacan: Acerca del Más allá del principio del placer*. Bs. As.: Manantial.
- Cosentino, J. C. (2001). *Lo siniestro en la clínica psicoanalítica*. Bs. As.: Imago Mundi.
- Cosentino, J.C. (2003) *El giro de 1920*, Bs. As., Imago Mundi.
- Cosentino, J. C. (2005). *El problema económico: Yo – ello – súper-yo – síntoma*. Bs. As.: Imago Mundi
- Cosentino, J. C. (2006). *Construcción de los conceptos freudianos I. Defensa, sueño, aparato psíquico*. Bs. As.: Ediciones Manantial.
- Cosentino, J. C. (2006). *Construcción de los conceptos freudianos II*. Bs. As.: Ediciones Manantial.

- Eidelsztein, A. (2006). *La topología en la clínica psicoanalítica*. Bs. As.: Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2007). *El grafo del deseo*. 2° ed. Bs. As.: Letra Viva. 2005.
- Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan*. (Volumen II). Bs. As. Letra Viva.
- Freud, S. (1900-1901). *La interpretación de los sueños (segunda parte) Sobre el sueño*. OC. (Amorrortu Editores (AE), V, 2ª ed. 11ª reimp., Bs. As., 2007).
- Freud, S. (1901-1905). *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. OC. (Amorrortu Editores (AE), VII, 2ª ed. 17ª reimp., Bs. As., 2011).
- Freud, S. (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el <<Hombre de las Ratas>>)*. OC. (Amorrortu Editores (AE), X, 2ª ed. 11ª reimp., Bs. As., 2008).
- Freud, S. (1910). *Cinco conferencias sobre psicoanálisis. Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci y otras obras*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XI, 2ª ed. 10ª reimp., Bs. As., 2010).
- Freud, S. (1911-1913). *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber) Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XII, 2ª ed. 12ª reimp., Bs. As., 2008).
- Freud, S. (1913-1914). *Tótem y tabú*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XIII, 2ª ed. 11ª reimp., Bs. As., 2011).
- Freud, S. (1914-1916). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre la metapsicología y otras obras*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XIV, 2ª ed. 15ª reimp., Bs. As., 2012).
- Freud, S. (1915-1916). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte I y II)*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XV, 2ª ed. 8ª reimp., Bs. As., 1999).
- Freud, S. (1916-1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XVI, 2ª ed. 11ª reimp., Bs. As., 2007).
- Freud, S. (1920-1926). *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*. OC. (Amorrortu Editores (AE), XVIII, 2ª ed. 14ª reimp., Bs. As., 2010).

- Freud, S. (1925-1926). *Presentación autobiográfica. Inhibición síntoma y angustia. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? y otras obras*. OC. (Ammorrortu Editores (AE), XX, 2ª ed. 12ª reimp., Bs. As., 2012).
- Freud, S. (1932-1936). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*. OC. (Ammorrortu Editores (AE), XXI, 2ª ed. 8ª reimp., Bs. As., 2006).
- Freud, S. (1937-1939). *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. OC. (Ammorrortu Editores (AE), XXIII, 2ª ed. 9ª reimp., Bs. As., 2007).
- Goldemberg, I. (2005). Lo real del yo. En: *El problema económico*. Bs. As.: Imago Mundi.
- Kahanoff, G. (1992). Capítulo II Más allá del principio del placer; sueños traumáticos y Fort-da en Puntualizaciones freudianas de Lacan. En *Acerca del Más allá del principio del placer*. Bs. As.: Ed. Manantial.
- Lacan, J. (1949-1954). *Escritos 1*. (2ª ed. 3ª reimp.) Bs. As.: Siglo XXI Editores Argentina S.A., 2008.
- Lacan, J. (1953-1954). *El seminario libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. 1ª ed., 16ª reimp.) Bs.As.: Editorial Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1956-1957). *El seminario libro 4. La relación de objeto*. 1ª ed., 12ª reimp.) Bs.As.: Editorial Paidós, 2013.
- Lacan, J. (1957-1958). *El seminario libro 5. Las formaciones del inconsciente*. 1ª ed., 8ª reimp.) Bs.As.: Editorial Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1960). *Escritos 2*. (2ª ed. 2ª reimp.) Bs. As.: Siglo XXI Editores Argentina S.A., 2008.
- Lacan, J. (1962-1963). *El seminario libro 10. La angustia*. 1ª ed., 10ª reimp.) Bs.As.: Editorial Paidós, 2013.
- Lacan, J. (1964). *El seminario libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. 1ª ed., 16ª reimp.) Bs.As.: Editorial Paidós, 2010.
- Maresca, S. J. (2006). Placer y bien: Platón, Aristóteles, Freud (pp. 143-149) Buenos Aires.: Biblos.

- Mazzuca, R., Schejtman, F. y Zlotnik, M. (2000): *Las dos clínicas de Lacan. Introducción a la clínica de los nudos*. Bs. As.: Tres Haches.
- Nothomb, A. (2000). *Metafísica de los tubos*. Bs. As.: Editorial Anagrama.
- Rabinovich, D. (1983). *La teoría del yo en la obra de Jaques Lacan*. Ed. Manantial
- Rabinovich, D. (1991). *Sexualidad y significante*. Bs. As.: Manantial.
- Rabinovich, D. (2013). *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. 1° ed. 5ª reimpresión. Bs. As. Manantial. 1° ed. 5ª reimpresión. Bs. As.: Manantial.
- Rabinovich, D. (2013). *La angustia y el deseo del Otro*. 1° ed. 5ª reimpresión. Bs. As.: Manantial.
- Rabinovich, D. (2015). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. 1° ed. 7ª reimpresión. Bs. As.: Manantial.
- Schejtman, F. (2002). Introducción a los tres registros. En *Psicoanálisis y Psiquiatría: Encuentros y desencuentros*. Bs. As.: Berggasse Ediciones.
- Soler, Colette. (1993). El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan. Estudios de Psicossomática. Vol.1. Bs. As.: Ed. Atuel.
- Soler, C. (2004). *La repetición en la experiencia analítica*. Bs. As. Manantial.
- Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Bs. As.: Letra Viva.
- Soler C. (2012). El seminario repetido. Bs. As. Letra Viva.
- Torres M. (2000). "Capítulo III de Mas allá del principio del placer. Compulsión a la repetición. Recuerdo, repetición y reelaboración" en *Puntuaciones Freudianas de Lacan: Acerca de Mas allá del principio de placer*. Compiladores: J.C. Cosentino y D.S. Rabinovich, Bs. As.: Ed. Manantial
- Véneré, E. (2008). Cuerpo. ¿Es el yo cuerpo? Una perspectiva en intersección con el arte. En Acuña, C., Cosentino, J. C., Dorado, J. & Lombán, M. (Comp), *Qué es el inconsciente*, (pp137- 150). Bs. As.: Mármol-Izquierdo Editores.
- Vidal, E. (2005); Masoquismo originario, ser de objeto y semblante. En *El problema económico*. Bs. As.: Imago Mundi.
- Yankelevich, H. (1998). *Del padre a la letra*. Rosario. Editorial Homo Sapiens.
- Yankelevich, H. (2002). *Lógica del goce*. Rosario. Editorial Homo Sapiens.

Textos online

- Amigo, S. ¿Qué es, analíticamente hablando, la gravedad? Afecciones del soma, el cuerpo, el narcisismo. *Imago Agenda*. (79). Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=651>
- Coriat, E. (2011, agosto). Apuntes acerca de los primeros tiempos. *Imago Agenda*. (152). Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1556>
- Coriat, E. (2013, diciembre). Las marcas de la infancia. *Imago Agenda*, (177). Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=2086>
- Cosentino, J.C. (2007). Sueño: discurso y escritura. *Revista del Departamento de Psicología*, 19 (2) p. 297-316 Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/rdpsi/v19n2/02.pdf>
- Cosentino, J.C. Sueño: discurso y escritura. *Revista del Departamento de Psicología*, 19, (2), pp.297-316. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-80232007000200002>.
- Cosentino, Juan Carlos (2012). PRIMERA VERSIÓN MANUSCRITA DE MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <http://www.aacademica.org/000-072/755.pdf>
- Cosentino, Juan Carlos (2014). Los manuscritos de más allá del principio de placer: acerca del capítulo III. *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <http://www.aacademica.org/000-035/599.pdf>
- Cosentino, Juan Carlos (2015). *La transferencia del síntoma*. Recuperado de <http://juancarloscosentino.com.ar/wp-content/uploads/2015/02/Transferencia.pdf>

- Escars, C. (2001). La pulsión y sus diques. Una puntuación de la Teoría sexual. *Psyche Navegante*. (39). Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/877/La_pulsion_y_sus_diques_Escars.pdf?sequence=1
- Favre, A. (211, agosto). Otro y objeto, en las vicisitudes de la constitución subjetiva. *Imago Agenda*. (152). Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1560>
- Lamonski, L. (2013). Repetición singularidad y diferencia. *Reunión Sudamericana de Psicoanálisis*, Escuela Freudiana Buenos Aires. Recupeda de http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1718.pdf
- Muñoz, Pablo D. (2011). La lógica de alienación-separación en el pasaje al acto. *Anuario de investigaciones*, (18), 101-111. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862011000100064&lng=es&tlng=es.
- Pereira Barbosa, M.N. (2001). *El concepto de pulsión en la obra de Freud*. Universidad Complutense de Madrid. España.
- Rodríguez Ponte, R. E. (1997). Sobre “Tyche” y “Automatón”. *Seminario Repetición y pulsión*. Recuperado en <http://www.efba.org/efbaonline/rodriguezp-05.htm>
- Seldes, R. (2004 julio-agosto) La angustia y la certeza. *Virtualia*, 10. Recuperada de <http://virtualia.eol.org.ar/010/default.asp?notas/rseldes2-01.html>
- Silveyra, L. (2005). EL FUROR DE LAS PULSIONES. *XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-051/388.pdf>

-
- ⁱ Freud S. (1920-1922) I. <<Psicoanálisis>>. En Dos artículos de enciclopedia: <<Psicoanálisis> y <<Teoría de la libido>>. Más allá del principio de placer: Psicología de las masas y análisis del o y otras obras. OC. (Ammorrortu Editores AE), XII. Bs. As.
- ⁱⁱ Cosentino, J.C. (2001). Variaciones del horror: el destino de la neurosis. Lo Siniestro en la clínica psicoanalítica. Bs. As., Imago Mundi.
- ⁱⁱⁱ Freud, S. (1911-1913). Sobre el psicoanálisis Trabajos sobre técnicas psicoanalíticas y otras obras. OC. (Ammorrortu Editores AE), XII. Bs. As.
- ^{iv} Freud, S. (1916[1915]). 3° conferencia. *Los actos fallidos (continuación)*. Conferencias de introducción al psicoanálisis. OC. (Ammorrortu Editores AE), XV. Bs. As.
- ^v Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (capítulo VII). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{vi} Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (capítulo VII). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{vii} Cosentino J.C. (1999). *Primera ordenación metapsicológica*, en Construcción de los conceptos freudianos I. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{viii} Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (capítulo VII). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{ix} Cosentino J.C. (1999). *La experiencia de satisfacción*, en Construcción de los conceptos freudianos I. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^x Freud S. (¿1984?). *Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?*, en Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{xi} Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (capítulo VII). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{xii} Freud, S. (1896). *Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de navidad)*, en Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.
- ^{xiii} Cosentino .C. (1999). *La experiencia de satisfacción*, en Construcción de los conceptos freudianos I. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xiv} Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (capítulo VII). OC. (Ammorrortu Editores AE), V. Bs. As.

-
- ^{xv} Cosentino J.C. (1999). *La experiencia de satisfacción, en Construcción de los conceptos freudianos I*. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xvi} Freud, S. (1905). 1. *Desviaciones del objeto sexual*, en Tres ensayos de teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xvii} Freud, S. (1905). 2. *Desviaciones con respecto a la meta sexual*, en Tres ensayos de teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xviii} Cosentino J.C. (1999). *El "objeto pulsional y la elección de objeto.*, en Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xix} Freud, S. (1905). 2. *Desviaciones con respecto a la meta sexual*, en Tres ensayos de la teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xx} Freud, S. (1905). 3. *Consideraciones generales sobre las perversiones*, en Tres ensayos de teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xxi} Freud, S. (1905). [2]. *Las exteriorizaciones de la sexualidad infantil*, en Tres ensayos de teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xxii} Freud, S. (1905). [I]. *Las aberraciones sexuales*, en Tres ensayos de teoría sexual. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xxiii} Freud, S. ((1911[1910])). *III Acerca del mecanismo paranoico*. En Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. OC. (Ammorortu Editores AE), XII. Bs. As.
- ^{xxiv} Freud, S. (1913[1912-13]). *III. Animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos*, en Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. OC. (Ammorortu Editores AE), XIII. Bs. As.
- ^{xxv} Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. OC. (Ammorortu Editores AE), XIV. Bs. As.
- ^{xxvi} Cosentino J.C. (1999). *El "objeto pulsional y la elección de objeto.*, en Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xxvii} Freud, S. (1905). *La teoría de la libido*, en La sexualidad infantil. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xxviii} Freud, S. (1910). *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*. OC. (Ammorortu Editores AE), XI. Bs. As.
- ^{xxix} Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. OC. (Ammorortu Editores AE), XIV. Bs. As.

-
- ^{xxx} Cosentino J.C. (1999). *El "objeto pulsional y la elección de objeto.*, en Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xxx}_i Freud, S. (1917 [1916-17]). *21ª Conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales.* OC. (Ammorortu Editores AE), XVI. Bs. As.
- ^{xxx}_{ii} Cosentino J.C. (1999). *El "objeto pulsional y la elección de objeto.*, en Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xxx}_{iii} Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo.* OC. (Ammorortu Editores AE), XIV. Bs. As.
- ^{xxx}_{iv} Cosentino J.C. (1999). *El "objeto pulsional y la elección de objeto.*, en Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{xxx}_v Freud, S. (1905). [5] *El hallazgo de objeto*, en metamorfosis de la pubertad. OC. (Ammorortu Editores AE), VII. Bs. As.
- ^{xxx}_{vi} Lacan, J. (1962-63). *De un círculo imposible de reducir al punto.* El Seminario Libro 10 La angustia. Bs .As: Paidós.
- ^{xxx}_{vii} Lacan, J. (1962-63). *La causa del deseo.* El Seminario Libro 10 La angustia. Bs .As: Paidós.
- ^{xxx}_{viii} Lacan, J. (1962-63). *Pasaje al acto y acting out.* El Seminario Libro 10 La angustia. Bs .As: Paidós.
- ^{xxx}_{ix} Yankelevich, H. (1999) *El cuerpo y la estructura*, en Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{xl} Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia analítica.* Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{xli} Lacan, J. (1949). *La agresividad en psicoanálisis.* Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{xlii} Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia analítica.* Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{xliii} Lacan, J. (1949). *Más allá del "Principio de realidad".* Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores
- ^{xliv} Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia analítica.* Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.

-
- ^{xlv} Lacan, J. (1949). *Acerca de la causalidad psíquica*. Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{xlvi} Amigo. S. (1999). *Llegada al estadio del espejo*, en Uno unario. Uno unificante. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{xlvii} Lacan, J. (1953-54). *La tópica de lo imaginario*. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs. As: Paidós.
- ^{xlviii} Lacan, J. (1953-54). *Los dos narcisismos*, en La tópica de lo imaginario. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs. As: Paidós.
- ^{xlix} Lacan, J. (1966). *Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad*. Escritos 2. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^l Amigo. S. (1999). *Uno unario. Uno unificante*. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{li} Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia analítica*. Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{lii} Yankelevich, H. (1999) *El cuerpo y la estructura*, en Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{liii} Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. OC. (Ammorortu Editores AE), XIV. Bs. As.
- ^{liv} Amigo. S. (1999). *Llegada al estadio del espejo*, en Uno unario. Uno unificante. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lv} Lacan, J. (1964). *Tyche y automatón*, en El inconciente y la repetición. El Seminario Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Bs. As: Paidós.
- ^{lvi} Lacan, J. (1953-54). *La balanza del deseo*, en Más allá de la psicología. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs. As: Paidós
- ^{lvii} Lacan, J. (1964). *Tyche y automatón*, en El inconciente y la repetición. El Seminario Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Bs. As: Paidós.
- ^{lviii} Amigo. S. (1999). *Llegada al estadio del espejo*, en Uno unario. Uno unificante. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lix} Lacan, J. (1953-54). *Los dos narcisismos*, en La tópica de lo imaginario. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs. As: Paidós.
- ^{lx} Lacan, J. (1953-54). *La balanza del deseo*, en Más allá de la psicología. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs. As: Paidós

-
- ^{lxi} Bleichmar, H. (1977). *El Edipo en Lacan II*. El estudio de las perversiones. <https://es.scribd.com/doc/26462675/Introduccion-al-estudio-de-las-perversiones>.
- ^{lxii} Lacan, J. (1953-54). *Ideal del yo y yo-ideal*, en La tópic de lo imaginario. El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud. Bs .As: Paidós.
- ^{lxiii} Amigo. S. (1999). *Salida del estadio del espejo: agujero en lo imaginario*, en Somos semejantes somos únicos. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxiv} Yankelevich, H. (1999) *El cuerpo y la estructura: Reseña de investigación*. Clínicas del cuerpo. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxv} Yankelevich, H. (2003). *Lo que sucede entre cero y la estructura*, en Prólogo. En Amigo, S. Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxvii} Freud, S. (1923). *III. El yo y el superyó (ideal del yo)*. El yo y el ello. OC. (Ammortu Editores AE), XIX. Bs. As.
- ^{lxviii} Freud, S. (1913[1912-13]). *III.IV. El retorno al totemismo en la infancia*, en Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. OC. (Ammortu Editores AE), XIII. Bs.
- ^{lxix} Freud, S. (1923). *III. El yo y el superyó (ideal del yo)*. El yo y el ello. OC. (Ammortu Editores AE), XIX. Bs. As.
- ^{lxx} Freud, S. (1932-1936). *31ª Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica*. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. OC. (Ammortu Editores AE), XXII. Bs. As
- ^{lxxi} Lacan, J. (1956-1957). *Del complejo de Edipo*, en La estructura de los mitos en la observación de la fobia de Juanito. El Seminario Libro 4 La relación de objeto. Bs .As: Paidós.
- ^{lxxii} Lacan, J. (1949). *Función y campo de la palabra*. Escritos 1. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores.
- ^{lxxiii} Freud, S. (1932-1936). *33ª Conferencia. La feminidad*. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. OC. (Ammortu Editores AE), XXII. Bs. As.
- ^{lxxiv} Cosentino, J.C. (1999). *II. El complejo de castración*. Construcción de los conceptos freudianos II. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{lxxv} Lacan, J. (1956-1957). *El significante en lo real*. El Seminario Libro 4 La relación de objeto. Bs .As: Paidós.

-
- ^{lxxvi} Lacan, J. (1957-1958) La forclusión del nombre del padre, en La lógica de la castración. Seminario libro 5. Las formaciones del inconsciente. Bs. As: Paidós.
- ^{lxxvii} Lacan, J. (1956-1957). *Las tres formas de la falta de objeto*, en Teoría de la falta de objeto. El Seminario Libro 4 La relación de objeto. Bs. As: Paidós.
- ^{lxxviii} Amigo, S. (1999). *El soporte del sujeto, a, único invento de Lacan*, en *El ángulo vectorial de las inclinaciones del sujeto*. Clínicas del cuerpo. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxxix} Amigo, S. (2003). *Las nupcias del soma con el lenguaje*. Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxxx} Amigo, S. (2003). *Acercas de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra*. Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Bs. As. Letra Viva.
- ^{lxxxii} Lacan, J. (1968-1969). El hecho y el dicho, en La inconsistencia del Otro. . El Seminario Libro 16. De otro al otro. Bs. As: Paidós.
- ^{lxxxiii} Nothomb, A. (2000). *Metafísica de los tubos*. Bs. As. Editorial Anagrama.
- ^{lxxxiv} Freud, S. *Más allá del principio del placer*. OC. (Ammorortu Editores AE), XVIII. Bs. As.
- ^{lxxxv} Freud, S. (1909). *III. Epicrisis*, en Análisis de la fobia de un niño de cinco años. OC. (Ammorortu Editores AE), X. Bs. As.
- ^{lxxxvi} Freud, S. *1926 [1925], Inhibición, síntoma y angustia*. OC. (Ammorortu Editores AE), XX. Bs. As.
- ^{lxxxvii} Freud, S. *Más allá del principio del placer*. OC. (Ammorortu Editores AE), XVIII. Bs. As.
- ^{lxxxviii} Freud, S. (1914). *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)*. OC. (Ammorortu Editores AE), XII. Bs. As.
- ^{lxxxix} Soler, C. (2004). *La repetición en la experiencia analítica*. Bs. As. Manantial.
- ^{xc} Vidal, Eduardo (2014). *Masoquismo originario: ser de objeto y semblante*. Recuperado de:
<http://juancarloscosentino.com.ar/wp-content/uploads/2014/08/13.MASOQUISMO-ORIGINARIO-E-Vidal.pdf>
- ^{xc} Cosentino, Juan Carlos (2014). LOS MANUSCRITOS DE MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER: ACERCA DEL CAPÍTULO III. *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-035/599.pdf>

-
- ^{xcvi} Torres M. “Capítulo III de Mas allá del principio del placer. Compulsión a la repetición. Recuerdo, repetición y reelaboración” en Puntuaciones Freudianas de Lacan: Acerca de Mas allá del principio de placer. Compiladores: J.C. Cosentino y D.S. Rabinovich. Ed. Manantial, Buenos Aires, 2000.
- ^{xcvii} Freud, S. (1924) El problema económico del masoquismo. . OC. (Ammortu Editores AE), XIX. Bs. As.
- ^{xcviii} Ibíd.
- ^{xcix} Freud, S. *Más allá del principio del placer*. OC. (Ammortu Editores AE), XVIII. Bs. As.
- ^c Freud, S. *El problema económico del masoquismo*. OC. (Ammortu Editores AE), XIX. Bs. As.
- ^{ci} VIDAL, E. (2005); “Masoquismo originario, ser de objeto y semblante”, en “El problema económico”. Imago Mundi, Bs. As., 2005. Recuperado de: <http://juancarloscosentino.com.ar/wp-content/uploads/2014/08/13.MASOQUISMO-ORIGINARIO-E-Vidal.pdf>
- ^{cii} Cosentino, Juan Carlos (2014). LOS MANUSCRITOS DE MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER: ACERCA DEL CAPÍTULO III. *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: Dirección estable: <http://www.academica.org/000-035/599.pdf>
- ^{ciii} Freud, Sigmund. *Lo ominoso*, O.C. AE XVIII,
- ^{civ} Lacan, J. (1975) Seminario 10, Clase IV, pág. 57
- ^{ci} Rabinovich, D. (1993). *Inhibición síntoma y angustia y el grafo del deseo*. La angustia y el deseo del Otro. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{cii} Lacan, J. (1962-1963). *Introducción a la estructura de la angustia*. El Seminario Libro 10. La angustia. Bs .As: Paidós.
- ^{ciii} Rabinovich, D. (1993). *Inhibición síntoma y angustia y el grafo del deseo*. La angustia y el deseo del Otro. Bs. As. Ediciones Manantial.
- ^{civ} Lacan, J. (1962-1963). *Lo que no engaña*. El Seminario Libro 10. La angustia. Bs .As: Paidós.
- ^{ci} Lacan, J. (1962-1963). *La causa del deseo*. El Seminario causa del deseo. Libro 10. La angustia. Bs .As: Paidós.

^{cv} Amigo. S. (2003). *Las nupcias del soma con el lenguaje*. Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Santa Fe. Homo Sapiens Ediciones.

^{cvi} Amigo. S. (1999). *El goce fálico y la significación fálica*. Clínica de los fracasos del fantasma. Bs. As. Letra Viva.